Serie
¡IDEAS EN LA CASA DEL ÁRBOL!
volumen 9
VUELA ALTO
Escrito por W. Ama

Las amigas de la casa del árbol ¡se van de viaje! Y, aunque no estarán tan juntas como de costumbre, saben que se tienen en la distancia. Cada una de ellas vivirá diferentes situaciones donde pondrán a prueba sus capacidades y aprenderán a confiar en sí mismas.

Lectura de 8-9 a 11-12 años. Literatura Ficción. Libros para niñas y niños.

W. Ama

Vuela alto

Ideas en la casa del árbol - 9

ePub r1.0
Titivillus 03.07.2023

Título original: *Vuela alto*
W. Ama, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Esta nueva aventura
de las amigas de la casa del árbol
está escrita para ti.
Espero que te guste mucho.
W. Ama

IDEAS
EN LA CASA
DEL
ÁRBOL

Capítulo 1

De París a Rennes

Aunque a Gretta le parecía que solo habían pasado cinco minutos, hacía ya más de una hora que estaba sentada en el mismo banco de la estación.

Cuando guardó el bolígrafo y cerró la tapa de su diario, se sintió contenta de haber escrito una página entera contando su reciente llegada a París.

Mientras escribía, el tiempo se le había pasado volando, pero no le extrañó, pues eso era algo que venía observando desde que comenzó su diario, al principio del verano.

Desde entonces, esa libreta donde apuntaba su día a día era su objeto más preciado. Le encantaba llenar las hojas con sus recuerdos, anécdotas y todo lo que se le pasaba por la cabeza: ideas para cumpleaños, frases bonitas, sueños…

Además, ahora tenía tanta ilusión por el viaje a Francia que estaba deseando escribirlo todo en su diario. Para Gretta, las frases se habían convertido en cofres del tesoro capaces de guardar sus pensamientos.

Miércoles, 15 de agosto

Querido diario:

El viaje hasta París en avión ha sido tranquilo. Aunque era de noche, no he dormido. Por la ventanilla, he podido ver las estrellas, que lucían

con fuerza en medio de la oscuridad. Sin viento ni nubes, todo estaba en calma. Por eso, cuando hemos aterrizado, parecía que el avión se dejaba caer, dulcemente, hasta la pista de aterrizaje.

Luego, desde el aeropuerto de París, hemos ido en autobús hasta la estación de tren, que es desde donde estoy escribiendo. Vamos a coger un tren a Rennes y será la última etapa del viaje :-)

Gretta

Eso era, exactamente, lo que había decidido *Mademoiselle* Juliette: que la última etapa del viaje sería en ferrocarril. De esta manera, les aseguró, podrían disfrutar de los bonitos paisajes de la bretaña francesa en agosto.

Cuando Gretta quiso guardar el diario en su mochila, notó un peso sobre su hombro y descubrió que María se había quedado dormida a su lado.

Eran algo más de las seis de la mañana, y no habían pegado ojo desde que comenzó el viaje. Así que, ahora que tenían que esperar un rato en la estación de tren de París-Montparnasse, parecía un buen momento para descansar.

En el banco de enfrente, Paula y Blanca dormían a pierna suelta, con la boca abierta y las cabezas apoyadas la una en la otra. Blanca tenía un libro entre las manos, y Paula se abrazaba a su pelota de baloncesto. La chica se había empeñado en llevársela porque, ahora que era la capitana de su equipo, quería mejorar practicando todos los días.

De pronto, Gretta oyó un murmullo a su espalda y trató de girarse, con cuidado de no despertar a María.

—*Bonjour*, buenos días; *Je m'appelle*, me llamo; *Merci beaucoup*, muchas gracias… —Celia leía una lista de palabras mientras paseaba, nerviosa, de un lado a otro.

El motivo de ese repaso de última hora no era que no se supiera las palabras, ni que se le diera mal el idioma. La razón era que, en Rennes, iba a tener que hablar en francés «de verdad» (como ella misma decía) y se sentía muy insegura.

—Celia, relájate y disfruta del viaje —le aconsejó Gretta sonriendo—. Que esto no es ninguna prueba.

—Ya me gustaría, pero no puedo dejar de pensar que no me van a salir las palabras. —Celia se llevó la mano a la garganta—. ¿Te imaginas que me quedo en blanco delante de la familia de Anne Marie? ¡Menuda vergüenza! —Volvió a leer sus apuntes.

—Pues tampoco pasaría nada, ¿no? —opinó Gretta—. Hemos venido aquí para practicar el idioma.

—Y para conocer a nuestras amigas francesas —añadió Celia, y una sonrisa se le dibujó en la cara.

Todo había comenzado a principio de curso, el día que *Mademoiselle* Juliette llegó a clase de sexto de Primaria con un pequeño y misterioso buzón. Ese mismo día, les propuso escribirse cartas con alumnos de un colegio en Rennes.

A las amigas de la casa del árbol les hizo mucha ilusión la actividad y, en poco tiempo, ya soñaban con conocer a las francesas. Pero lo mejor de todo fue que, pasados unos meses, la de Francés anunció que había quince plazas para un intercambio entre los alumnos de ambos países.

Las chicas, entonces, hicieron todo lo posible por ser seleccionadas y cumplir así su sueño. Y, aunque no fue fácil, al final lo consiguieron y allí estaban todas, al completo, dispuestas a pasar unas vacaciones inolvidables.

—Celia, ¿recuerdas cuando este viaje no era más que un sueño? —Gretta tocó el bolsillo de su pantalón, donde llevaba la primera y la última carta de Sophie.

—Ay, sí, y ahora es un sueño cumplido. —Celia se quedó pensativa—. Parece increíble: ¡en nada estaremos en

Rennes! —Miró la hora en el reloj de la terminal.

En ese momento comenzaba a amanecer, y la luz del sol se colaba por las vidrieras que cubrían los muros de la estación. Arriba, en la parte más alta de una de las paredes, un enorme reloj redondo, como un sol en un cielo de cristal, marcaba las seis y cuarenta. Su tren saldría a las ocho en punto.

El resto de alumnos que también viajaban a Rennes comenzaban a despertarse, y un montón de brazos se estiraban, desperezándose, entre bostezos y saludos de buenos días.

—¡En marcha! —*Mademoiselle* Juliette se acercó hasta Paula y Blanca y dio unas palmadas. Lo hizo con tanto ímpetu que la boina le tembló en lo alto de la cabeza.

—¡Todos al andén 30! —ordenó—. Acaban de anunciar que nuestro tren se pondrá allí en breve.

Del susto, Paula y Blanca abrieron los ojos de golpe, dieron un bote en el banco y se miraron la una a la otra, desconcertadas. La pelota de baloncesto salió rodando, y el libro de Blanca cayó al suelo ¡plaf! y se le doblaron las tapas.

—¡Ya vamos! —dijo Paula mientras iba tras su pelota.

—Empiezas el día haciendo deporte, ¿eh? —bromeó María entre bostezos.

Las últimas en despertarse fueron Rosaura, Camila, Bea y Laura. Estaban todas juntas en un banco, con el equipaje alrededor, formando una muralla de maletas que las protegía de la luz del sol. Pero de lo que no iban a escapar era de la de Francés, con sus voces y palmadas ensordecedoras.

—*Bonjour, bonjour, bonjour*. —La profesora retiraba las maletas al tiempo que chillaba los buenos días.

Jorge, Santiago, Leo, Marco y Erik fueron a buscar desayuno para todos y Ada, que ayudaba a *Mademoiselle* Juliette en el viaje, los acompañó.

—Para mí, por favor, un *croissant* con queso *Brie* y *confiture de fraises* —pidió *Mademoiselle* Juliette pronunciando las palabras de manera exagerada.

Cuando terminó de hablar, se quedó mirando el techo, con los labios en forma de «o», mientras soñaba con un delicioso desayuno francés.

Pero enseguida se llevó un chasco. Nada de confituras de fresas, ni quesos franceses. Ada le entregó un café aguado y una galleta, un poco roñosa.

—*Mon Dieu!* —La de Francés miró de reojo la galleta—. ¡¡Qué mal aspecto tiene!!

Para los demás, trajeron unos vasos con leche y cacao.

—¡Qué hambre! —Se escuchaba entre los alumnos.

Aunque el desayuno nada había tenido que ver con las delicias francesas, tomar algo calentito les sentó de maravilla y pudieron reponer energías para continuar su viaje.

Todos los alumnos estaban muy felices: en unas horas llegarían a Rennes y pasarían quince días en casa de las familias francesas, ¡toda una aventura!

A la que nadie había visto era a Olivia. ¿Sería que al final no había querido viajar sin Isabella?

Capítulo 2

El vagón azul

En cuanto terminaron el desayuno, el grupo se puso en marcha. Gretta se colocó la mochila a los hombros y arrastró su maleta de ruedas por la estación.

Enseguida llegaron a un amplio vestíbulo, de techos altos y pasillos que cruzaban por encima de sus cabezas. En algunas paredes, los murales de arte abstracto, con sus colores y formas llamativas, daban al lugar un toque muy alegre.

—Me encanta este sitio —le comentó Gretta a Celia, que caminaba a su lado.

La estación era muy original, y se notaba que allí el arte tenía su propio espacio. No pasó mucho rato cuando una melodía llamó la atención de Celia.

Al girar la cabeza en dirección al sonido, vio que, en medio del *hall*, había un piano. Un pasajero cualquiera se había animado a tocarlo y movía sus manos sobre el teclado, ajeno a todas las miradas.

—¡Mirad! —Celia señaló un letrero sobre el piano mientras traducía su significado—. Ahí pone que ese piano está a disposición de los viajeros, ¡lo puede tocar quien quiera! —Se acercó y paseó su mano por la madera negra —. Me encantaría saber tocar el piano, además de la flauta travesera.

—Igual podrías empezar al año que viene, cuando

vayamos a 1.º de ESO —le propuso Blanca—. Yo voy a empezar a ir a clases de escritura creativa.

—No sé, tal vez tendremos muchos deberes. —Celia miró al suelo—. Igual no podría con todo.

—Pero si te organizas bien, hay tiempo para todo, ¿no crees? —comentó Blanca optimista.

—Bueno, chicas —María las interrumpió—, de momento dejemos la ESO para septiembre y disfrutemos de Francia. —Les guiñó un ojo.

A esas horas, alrededor del vestíbulo central de la estación de tren, algunas tiendas comenzaban a levantar sus persianas.

—Vayamos ahí —propuso Gretta de repente, señalando un quiosco—. He visto un puesto de *souvenirs* y postales. Seguro que encontramos algo interesante.

—¡Yo quiero una postal de la Torre Eiffel! —se entusiasmó Celia.

Las amigas se separaron del grupo encabezado por *Mademoiselle* Juliette y se dirigieron hacia la tienda.

—Sería un bonito detalle enviarles una postal a nuestras familias, ¿no os parece? —consideró Blanca mientras hacía girar el expositor.

Después de pasar varios minutos decidiendo qué postales comprarían, y justo cuando se habían puesto en la fila para pagar, se oyó una voz que las llamaba.

—¡Chicaaas! ¡Vamooos! —chilló Ada, y todas miraron en esa dirección—. ¡Daos prisa!

Unos rizos naranjas asomaron por encima de las cabezas de la gente mientras una mano les hacía gestos para que volvieran con el grupo.

—Sí, sí, ya vamos —vocalizó Gretta cada sílaba y mostró el pulgar, en señal de que la habían oído.

—¡¡No os entretengáis!! —les advirtió Ada levantando la voz por encima de las conversaciones de la gente.

Las amigas de la casa del árbol volvieron a colocar las postales en su sitio. No se habían dado cuenta pero, en ese rato, el grupo de los alumnos se había alejado bastante.

—¡Qué lejos están! —comentó María mientras se hacía hueco entre los transeúntes.

—¡Uff! Y tanto, casi nos perdemos —resopló Paula.

—Está claro que no nos podemos despistar ni un segundo —añadió Celia, que llevaba la maleta en una mano y su lista de palabras en la otra.

—Debemos estar muy atentas. Por nada del mundo debemos perder el tren —dijo Gretta pensando en Sophie.

Todas se dieron prisa por esquivar a los viajeros que, a esas horas, comenzaban a llegar la estación de tren.

—Perdona, Ada, es que queríamos comprar unas postales para nuestras familias —se excusó Blanca cuando la tuvieron enfrente—. Hemos pensado que les haría ilusión.

—¡Oh! Es una idea estupenda, yo también querré escribir alguna —aseguró Ada—. Pero ya tendremos tiempo de comprar postales en Rennes, ¿de acuerdo? Tal vez podríamos ir todas juntas una tarde.

Al cabo de un rato, *Mademoiselle* Juliette dio la orden de parar: acababan de llegar al andén 30, donde ya estaba colocado el tren que les llevaría hasta Rennes.

—Y nuestro vagón es… —la profesora consultó los billetes antes de decir—: El vagón azul.

Después de caminar por el andén 30 y dejar atrás un vagón naranja, otro amarillo y uno verde, llegaron al vagón azul. A todas les pareció un tren muy original. Nunca habían visto uno así, lleno de colores, como un arcoíris con ruedas.

Paula quiso ver el interior del vagón y dio un salto para mirar por la ventanilla.

—¡Rápido! Subamos a coger sitio —propuso—. He visto

unos asientos que tienen una mesa en el centro.

Paula se colocó la pelota bajo el brazo, agarró su maleta con una mano y se dio prisa por subir los escalones hacia el tren.

—¡No tan rápido! —*Mademoiselle* Juliette sacó un listado de su bolsa de viaje—. Antes de subir, tengo que comprobar que estamos todos. —Estiró el papel.

Los alumnos hicieron un corro alrededor de la profesora. Celia aprovechó para acercarse hasta Paula y, disimuladamente, le habló al oído.

—Como eres tan rápida —le susurró—, ponte tú la primera en la fila y coge los asientos de la mesa. Yo me hago cargo de tu maleta y de la pelota. —Señaló el equipaje de Paula y añadió—: Date prisa. La de Francés se ha empeñado en pasar lista, pero estamos los catorce y enseguida podremos ir subiendo.

—Sí, es verdad —le contestó Paula tapándose la boca con una mano mientras paseaba la mirada por el grupo—. Estamos los mismos que viajamos en avión hasta París. ¿Por qué se ha empeñado en pasar lista?

—A ver, un poco de orden. *S'il vous plait!* —exclamó *Mademoiselle* Juliette—. Prestad atención y no perdáis de vista vuestro equipaje. No quiero sustos de última hora.

En ese momento, Gretta miró su maleta y luego se llevó la mano a la espalda para tocar su mochila. Quería comprobar que su diario seguía dentro, ¡perderlo hubiera sido un gran disgusto! Pero enseguida pudo palpar la tela y notó la forma rectangular de su diario.

La chica sonrió. Allí seguía su cuaderno. A salvo y a la espera de que ella escribiera sus aventuras, sus sentimientos, sus alegrías… Quería dejarlo todo por escrito y, se le ocurrió de repente, también haría alguno de sus dibujos. ¡Qué bien lo iba a pasar!

—Conforme diga vuestros nombres, id levantando la mano, ¿de acuerdo? —*Mademoiselle* Juliette se ahuecó el

pañuelo que llevaba al cuello—. María, Gretta, Blanca, Paula, Celia. —Miró por encima de la hoja.

—¡Aquí estamos! —respondieron, muy contentas, todas a la vez.

La de Francés hizo un *tic* junto a cada nombre.

—Jorge y Santiago. —Buscó con la mirada a los chicos—. Leo, Marco y Erik.

—¡Aquí, aquí! —Movieron los brazos hacia los lados para llamar su atención.

—Rosaura, Bea, Laura y Camila —dijo entonces, comprobando que estaban justo a su lado.

—Pues ya está, ¿no? —Paula, impaciente, alzó la voz para preguntar—: ¿Podemos subir ahora al tren?

—¡No! —*Mademoiselle* Juliette fue tajante—. ¡Aún no!

—Pero… ¿por qué?, ¿pasa algo? —preguntó Paula preocupada.

—¡Todavía falta una alumna! —aseguró la profesora.

—Pero ¡¿cómo es posible?! —Paula miraba perpleja a los demás—. Estamos los mismos que viajamos en avión.

—He dicho que falta una alumna y punto. —*Mademoiselle* Juliette levantó la barbilla y estiró las puntas del pañuelo que rodeaba su cuello—. Tenemos que esperarla.

—¿Quién falta? —se preguntaban los unos a los otros, muy intrigados.

—No falta nadie —respondió otro alumno—. ¿No lo veis? ¡Estamos todos!

—Yo creo que se ha confundido —sugirió alguien dando el tema por concluido.

—Verá, *Mademoiselle* —comenzó a hablar Rosaura, muy apurada—, todos estamos muy preocupados. Solo quedan unos minutos para que salga el tren y nos da miedo que se vaya sin nosotros.

Los alumnos miraron sus relojes y asintieron ante las palabras de Rosaura. Se notaba que la chica tenía facilidad para hablar en nombre de todos, como buena delegada que había sido.

—Sí, ya son casi las ocho —confirmó Erik mirando la hora en su móvil.

—No os preocupéis, esa persona que falta llegará enseguida. —Se oyó entonces la dulce voz de Ada—. Me acaba de llamar su madre y me ha dicho que ya están en la estación.

Sin embargo, los minutos pasaban y nadie aparecía. El peligro de perder el tren acechaba al grupo, como un lobo en medio del bosque.

Capítulo 3

Compañía inesperada

Después de varios minutos esperando, y cuando ya el revisor se había asomado por la ventanilla varias veces para avisarles de que subieran, se oyó, a lo lejos, una voz muy apurada.

—¡¡*Mademoiselle* Juliette!!, ¡¡*Mademoiselle* Juliette!! —chillaba, una y otra vez, mientras se acercaba corriendo hasta el grupo—. ¡¡Esperadme!!

Celia se colocó bien las gafas y aguzó la vista. Entonces pudo ver a una persona que arrastraba una maleta color coral, y que llevaba un peinado muy esponjoso, con el pelo todo para arriba, como cardado.

Cuando estuvo un poco más cerca, Celia la reconoció al instante y no pudo evitar decir su nombre en voz alta mientras la señalaba con el dedo.

—¡¡¡Olivia!!! —gritó como si hubiera visto un fantasma.

Olivia miró a Celia por encima del hombro mientras le bajaba el dedo que no dejaba de señalarla.

—¿Seguro que es ella? —Paula se acercó más para comprobarlo.

Lo cierto era que la líder del ya muy reducido grupo de «las brujas» estaba irreconocible. Había cambiado de peinado y vestía un bonito conjunto color turquesa, que resaltaba el moreno de su piel. Sin embargo, aunque de

aspecto estaba muy cambiada, se la podía reconocer por sus inconfundibles modales y su misma actitud arrogante de siempre.

—Hola a todos —dijo Olivia sin mirar a nadie.

Acto seguido desenvolvió un chicle, se lo metió en la boca y tiró el envoltorio al suelo mientras se colocaba la primera de la fila para subir al tren.

—¡Eh! ¡Ahí estaba yo! —le recriminó Paula y la apartó a un lado—. No puedes llegar la última y ponerte la primera.

—Disculpadnos la tardanza —dijo entonces la madre de Olivia mientras se agachaba a recoger el papel. La mujer era muy elegante y parecía muy educada—. Ayer tuvimos mucho trabajo y nos ha costado madrugar.

Al oír que su madre comenzaba a dar explicaciones, Olivia entornó los ojos y negó con la cabeza.

—Bueno, adiós, mamá. —Se acercó y le dio dos besos.

—Cuídate mucho y llámame en cuanto llegues, «lacito mío» —le dijo su madre con pena.

A Olivia le dio mucha vergüenza que la llamara así delante de todo el mundo.

—Sí, mamá, claro, mamá… —repetía con cara de resignación mientras le decía adiós con la mano.

—Pues ahora ya sí —*Mademoiselle* Juliette tomó la palabra y, después de hacer una reverencia para señalar la puerta, dijo—: ¡Pasajeros al tren!

Paula se hizo hueco para subir y, aunque en el vagón ya estaban todos los viajeros sentados, nadie había ocupado la mesa. Aun así, quiso darse prisa y consiguió llegar la primera, adelantándose al grupo de Rosaura y al de los chicos.

—¡Chicas, la mesa es nuestra! —les dijo a las demás, asomando la cabeza por la ventanilla.

Sin embargo, no fueron las únicas que quisieron disfrutar de esos asientos privilegiados.

Después de dejar en la bandeja de equipaje su maleta color coral, Olivia se quedó en mitad del pasillo sin saber dónde sentarse.

Al fondo del vagón, estaba el grupo de los chicos, que hablaban muy animados con el grupo de Rosaura.

Allí Olivia vio a Camila, su examiga. Reía y se lo estaba pasando muy bien. Olivia arrugó la nariz y negó con la cabeza: aunque había un sitio libre, no le apetecía sentarse con ellas.

En realidad, le daba mucha envidia ver a Camila tan bien acompañada y ella… tan sola. Olivia miró hacia otro lado.

—¿Todo bien, Olivia? —preguntó Ada al verla tan indecisa—. ¿Quieres sentarte aquí, con nosotras?

—Oh, bueno… —Olivia miró un poco más allá y vio un sitio libre en la mesa—. Me pondré ahí, con ellas.

Como la mesa era para seis, todavía quedaba un asiento libre junto al pasillo, al lado de Gretta y enfrente de Paula. Olivia se dirigió hacia allí.

—Puedo sentarme aquí, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, plantó su trasero en el asiento.

Las amigas de la casa del árbol asintieron, ¡qué otra cosa podían hacer!

Pero Paula enseguida se arrepintió de no haberle dicho nada. Podría haberse inventado que el sitio estaba ocupado o que el asiento estaba roto, incluso podría haber puesto la pelota encima. Al minuto de estar sentada, Olivia abrió su bolso y, sin ninguna consideración, sacó un vaporizador con el que se roció el pelo y la ropa con una bruma olor a jazmín, que ya les acompañaría durante todo el viaje.

—Coff, coff, coff. —Paula tosió al tiempo que movía la mano en el aire—. ¿Podrías dejar de echarte colonia?

—Paula, querida, ¡no tienes ni idea! Esto no es colonia. —Olivia ahora se miraba en un pequeño espejo y se peinaba las cejas con el dedo índice.

—Olivia, no empecemos… —dijo Paula indignada—. Me acabo de tragar todo el olor de tu colonia.

—¡Ja, ja, ja! Y dale con lo de colonia —rio Olivia de manera exagerada—. Es un *body mist* floral. Lo mejor para estar perfumada en verano.

—¡Lo que sea! —Paula la miró con enfado.

—¿No quieres que le eche un poco a tu pelotita de baloncesto? —Olivia se tapó la nariz con dos dedos y su voz sonó como de pito mientras aseguraba—: No le vendría nada mal… ¡Apesta!

En ese momento, Gretta, que veía a Paula cada vez más enfadada, tomó la palabra.

—Olivia, la verdad es que tu perfume huele bien, pero igual te has echado demasiado —argumentó Gretta, que no quería empezar el viaje con peleas.

—Sí, huele genial —añadió María—, pero guárdalo, no se te vaya a acabar.

Olivia levantó el difusor en al aire, lo agitó varias veces y lo miró al contraluz tratando de comprobar cuánto quedaba.

—No me importa, tengo tres más. En este queda poco porque es el que usé ayer durante mi pase de modelos. —Olivia las miró con aire de superioridad—. Fueron horas de pasarela, cambios de vestuario y aplausos.

María abrió mucho los ojos: ¡no se lo podía creer! ¿¿De verdad Olivia era modelo?? ¿¿Había desfilado en París??

Celia, sin embargo, comenzó a dudar. No era la primera vez que la jefa de «las brujas» mentía para darse importancia. Todo el mundo sabía que la madre de Olivia se dedicaba a la moda, pero de ahí a que su hija fuera modelo de alta costura francesa…

—Si has desfilado, seguro que te sacarán en las revistas —Celia retó a Olivia con la mirada antes de añadir—: Nos enseñarás el reportaje, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó Olivia girando la cabeza hacia otro lado para disimular el apuro—. En cuanto la organización del desfile me haga llegar la revista, os la enseñaré.

—¡¡Hala!! ¿Has hecho de modelo? —María no pudo evitar la emoción, pues pensaba que una pasarela se parecía un poco a un escenario de teatro—. ¡¿En serio?!

—Pues claro que en serio. ¿Por qué crees que me he unido al viaje desde París? —Olivia sacó ahora una barra de labios color azul metálico y se dio color.

—¡Claro, ahora entiendo tu nuevo *look*! —exclamó Blanca inocentemente.

—Después de quince días en la playa —Olivia se retiró un poco el pelo de la cara y mostró su bronceado—, mi madre y yo vinimos a París para desfilar en la semana *superfashion*.

—Entonces, ¿habéis desfilado las dos? —dudó Blanca.

—Sí, las dos —aseguró Olivia mientras se miraba las uñas—. Y, como os decía, por eso me uno al viaje a Rennes desde aquí y no desde España, como vosotras.

—La verdad es que creíamos que no ibas a venir —dijo Paula con retintín, pensando que nadie había echado de menos a Olivia y que si empezaba con sus desplantes, seguramente, la iban a echar de más.

—Claro, como Isabella no ha venido —añadió Gretta tratando de justificar las palabras de Paula—, pues habíamos pensado que igual a ti tampoco te apetecía.

—A ver… —Olivia movió la mano hacia delante mostrando sus uñas postizas—. Que yo no soy su perrito faldero… —Apretó y soltó los labios para repartir el carmín —. Soy totalmente independiente y puedo hacer cosas sola.

Nadie se dio cuenta, pero al decir la palabra «sola», una gota de tristeza asomó a sus ojos. Olivia se apresuró a ponerse unos polvos de colorete.

Enseguida el tren fue cogiendo velocidad. Con el

traqueteo, Olivia tuvo que guardar su maquillaje y se acomodó en el asiento dispuesta a escuchar música.

El viaje a Rennes siguió su curso. Tenían dos escasas horas para encontrarse con las francesas. Las amigas de la casa del árbol, después de estar un rato hablando, se concentraron cada una en una tarea.

Celia repasó una vez más su lista de palabras en francés e incluso apuntó algunas nuevas que copió de un pequeño diccionario del que no pensaba separarse en todo el viaje. Blanca se acurrucó en el asiento y abrió su libro, dispuesta a continuar disfrutando de la novela, que la tenía totalmente enganchada.

Paula se dedicó a mirar por la ventanilla, donde los bonitos paisajes de la bretaña francesa pasaban a toda velocidad. Mientras tanto, María sacó una guía de Rennes para localizar todos los teatros que había en la ciudad. Le hubiera hecho mucha ilusión ver alguna representación, pero se conformaba con poder verlos por fuera.

Gretta quiso aprovechar el rato para leer su diario. Entre recuerdos y cosas que le habían pasado, la libreta estaba llena hasta la mitad. Pensó que, para que le cupiera todo, a lo mejor tendría que comenzar a hacer la letra más pequeña. También quería tener espacio para apuntar las frases que a veces acudían a su mente cuando estaba inspirada, como en ese mismo momento.

«*Solo cuando sueltes tus miedos, podrás volar alto*».

Al terminar de escribirla, Gretta se quedó un rato mirando por la ventanilla del tren mientras pensaba en su significado y en la verdad que encerraban aquellas palabras. Era cierto que a veces parecía que los miedos pesaban y te empujaban hacia abajo, impidiéndote alcanzar tus sueños.

Además, Gretta creía que los viajes te ayudan a

conocerte mejor, a superar tus miedos, a confiar más en ti, ya que te enfrentas a nuevas situaciones y descubres que puedes hacer todo lo que te propongas.

La chica subrayó la frase, no quería olvidarla.

Lo que Gretta no había olvidado eran las palabras de Sophie en su última carta. Después de guardar el bolígrafo, cerró el diario y lo dejó sobre la mesa.

Cogió la carta del bolsillo de su pantalón y, después de alisarla un par de veces, buscó el párrafo al que no dejaba de darle vueltas.

La letra de Sophie, escrita con tinta morada, destacaba sobre el papel:

«Seguro que juntas podremos

resolver el misterio del sol y la luna.

Será nuestra aventura

y nuestro secreto este verano,

¡nos esperan unos días de investigaciones!».

¿A qué misterio se refería Sophie? ¿Por qué decía que iba a ser un secreto?, se preguntaba Gretta una y otra vez. ¿Acaso le había preparado un juego?

Pero enseguida negó con la cabeza: tenía la corazonada de que aquello no se trataba de un simple juego.

Debajo de ese párrafo, Sophie había dibujado un sol y una luna, uno junto al otro y dentro de un rectángulo. Era un dibujo también muy enigmático. En cuanto tuviera la ocasión, pensó, le preguntaría por todo ese misterio.

Gretta dobló de nuevo la carta y la guardó en su pantalón. Luego, estiró la mano para recoger su diario.

La chica no se dio cuenta, pero Olivia, sentada a su lado, miraba de reojo aquel cuaderno tan bonito. En la portada, unas bonitas letras anunciaban su contenido: «Diario de

Gretta».

Olivia apartó la vista rápidamente, fingiendo que no había visto nada.

El viaje continuó su marcha.

Capítulo 4

Tras la ventanilla

El tren avanzó entre prados de flores silvestres, cruzó pequeños pueblos con casas de piedra y dejó atrás viejos campanarios con sus nidos cigüeñas. Después, poco a poco, se internó en espesos bosques de altos árboles.

—¿Cómo lleváis el viaje? —Ada se acercó hasta la mesa, y todas le hicieron un hueco—. ¿Vais bien? —las interrogó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, bueno… —María dejó a un lado la guía de Rennes—, la verdad es que se me está haciendo un poco largo. ¿Cuánto falta para que lleguemos?

—Umm, yo calculo que unos quince minutos. —Ada consultó su reloj—. Tenéis ganas de llegar ya, ¿eh? —preguntó al resto de las chicas.

—¡¡Sí!! —exclamó Paula muy contenta—, estoy deseando reencontrarme con Amelie.

Además de volver a ver a Amelie, que era la única francesa a la que habían podido conocer, Gretta, Celia Blanca y María también estaban impacientes por conocer a Sophie, Anne Marie, Giselle y Geraldine.

—Pues ¿sabéis qué?, estoy segura de que ellas también están deseando que este tren llegue a su ciudad y alojaros en sus casas durante los próximos quince días. —Asintió Ada, feliz de verlas tan entusiasmadas.

Ada se fijó entonces en Olivia. La chica estaba en su mundo, escuchando música por los auriculares, sin querer unirse a la conversación.

—Y tú, Olivia —le tocó el hombro para llamar su atención —, ¿tienes ganas de llegar ya a Rennes?

Olivia, al sentir los golpecitos en el hombro, se quitó uno de los auriculares. Ada, entonces, volvió a repetir la pregunta. Pero Olivia, lejos de contestar un sí ilusionado, se limitó a asentir ligeramente con la cabeza y a levantar el pulgar. Luego, volvió a colocarse los auriculares y continuó a lo suyo, dando la conversación por finalizada.

—Oye, Ada, ¿qué tenemos que hacer cuando lleguemos a la estación de Rennes? —Celia apoyó los codos en la mesa—. Nos habrán venido a buscar, ¿verdad? —Se preocupó.

—¡Claro! —aseguró Ada—. Hemos acordado que cada familia recogerá a su estudiante en la estación.

—Pero, pero… —Celia seguía imaginándose otras posibilidades y ninguna era buena—, ¿y si alguna familia no ha podido ir?

—En ese caso, les llamaremos por teléfono y esperaremos. —Ada sacó algo de su bolso—. Mira, aquí tengo los teléfonos de todas las familias y también las direcciones.

—A ver, a ver. —Las amigas de la casa del árbol se asomaron a la hoja.

—Y no solo eso. —La profesora sacó otro papel más—. He traído un plano de Rennes… muy especial.

El plano que entonces les mostró estaba salpicado de lunares verdes.

Ada había marcado, con rotulador verde y un número, la ubicación exacta de la casa donde se alojaría cada alumno. Al fin y al cabo, ella y *Mademoiselle* Juliette eran las responsables del viaje y tenían que tenerlo todo controlado.

Enseguida Paula localizó la granja de Amelie. Estaba en

la zona norte y era un lugar a las afueras de la ciudad que, según le había contado su amiga francesa, estaba lleno de animales y donde le había prometido construir una canasta para que pudiera practicar todos los días. Desde luego, sitio al aire libre no le iba a faltar.

—Mira, parece que la casa de Sophie está en el casco antiguo —dedujo Gretta al ver que la casa estaba rodeada de calles estrechas y cerca de lugares de interés histórico.

Ante la emoción que todas transmitían, Olivia sintió curiosidad por el plano. Dejó un momento la música y estiró el cuello para mirarlo.

Ada, que no la perdía de vista y que quería romper su silencio, le dijo:

—Mira, Olivia —señaló un edificio—, Gretta y tú vais a ser vecinas. La casa de Jolie, tu compañera de correspondencia, está en el mismo barrio.

—Oh, sí, ya veo —contestó Olivia con desgana y sin mostrar interés.

En realidad, pensaba que qué le importaba a ella que Gretta estuviera cerca si, en el fondo, no era su amiga.

—¿Dónde está la casa de Geraldine? —quiso saber María, que se acercó al mapa todo lo que pudo—, no la encuentro.

—Miremos las dos, ¿te parece? —Ada le ayudó a localizarla—. ¡Aquí está! —Señaló un punto a orillas del Vilaine, el río que atravesaba la ciudad de punta a punta.

—Anda, ¡qué bien! Está casi al lado de la casa de Anne Marie —exclamó entonces Celia, ya más animada—. Nosotras dos también estaremos muy cerca —añadió pensando que si las palabras en francés no le salían, María podría ir en su ayuda.

—¿Y la de Giselle?, ¿puedo mirar dónde está? —Blanca se asomó al mapa—. ¡Mirad!, está justo al lado del colegio de las francesas.

—Ah, pues eso es una gran ventaja: no tendrás que

madrugar mucho para las cuatro horas de clases de Francés que tendréis todas las mañanas —le dijo Ada.

—A lo mejor puedo ir andando. —A Blanca le encantó la idea de pasear por Rennes por las mañanas—. O en bicicleta si Giselle tiene una para mí.

—Y, además, nosotras —dijo Ada refiriéndose a ella y a *Mademoiselle* Juliette— nos alojaremos esos días en el colegio, así que estaremos muy cerca de ti.

—¿Solo vamos a tener clase de Francés por las mañanas? —Se sorprendió Gretta—. Yo pensaba que tendríamos un curso intensivo de todo el día.

—Tendréis clases solo hasta la hora de comer —aclaró Ada, un poco misteriosa—. La profesora de español del colegio de las francesas, a la que le gusta mucho innovar, os tiene preparadas otras actividades para hacer por las tardes —les comentó—. Y, desde luego, parecen de lo más entretenidas.

—¿Qué actividades? —preguntó Blanca muy intrigada.

—¿Comeremos en el colegio? —quiso saber María.

—¿Tendremos el fin de semana libre? —indagó Paula.

Ada se vio abrumada ante tantos interrogantes; las chicas tenían tantas de ganas de conocer todos los detalles que no paraban de hacer preguntas.

—Bueno, yo no os puedo decir nada más. —Ada se encogió de hombros y añadió—: Pero tened paciencia, mañana lo sabréis.

Las amigas de la casa del árbol se quedaron un rato en silencio, imaginando qué actividades les tendrían preparadas.

Pero enseguida el tren paró, y se dieron prisa por recoger su equipaje: ¡sus amigas francesas ya las estaban saludando desde el otro lado de la ventanilla!

Capítulo 5

Por fin juntas

—¡¡¡Amelieee!!! —Paula soltó la pelota, echó a correr y le dio un abrazo tan grande que duró varios minutos.

—¡¡*Paugglááá*!! —Volvía la francesa a pronunciar a su manera el nombre de Paula—. Mira lo que he traído. La he llevado conmigo todo este tiempo. —Al deshacer el abrazo, levantó en el aire una miniatura de la casa del árbol.

Ese había sido el regalo que las cinco amigas le habían dado a Amelie como despedida el último día de su estancia en España. Querían que siempre las recordara y pudiera llevar con ella ese lugar que tanto le había gustado. Y, por lo visto, Amelie nunca se separaba de su pequeña casa del árbol.

Un poco más allá, las demás también se encontraban con sus compañeras de correspondencia.

Para sorpresa de Celia no le hizo falta consultar ni una sola vez el listado de palabras en francés, ni tampoco el diccionario. En cuanto estuvo con Anne Marie y conoció a su familia, la chica se relajó y comenzó a hablar sin parar en un francés muy aceptable.

—¿Sabes?, mi madre es guía turística y ha conseguido reservar ¡un viaje en globo antiguo para nosotras dos! —le contó Anne Marie muy ilusionada—. Y también para mis amigas y sus compañeras españolas.

La madre de Anne Marie se acercó a Celia y, después de

darle un par de besos, tomó la palabra.

—Sí, ya casi no quedaban plazas, pero logré reservar un viaje en globo para este mismo sábado, 18 de agosto —aseguró la madre.

—¡Qué bien!, en tres días veremos Rennes desde las alturas. —Celia sonrió al imaginarse en uno de esos globos que parecen viajar flotando entre las nubes.

Un poco más allá estaba Geraldine. En cuanto vio a María, le dio un gran abrazo y comenzó a contarle todos los planes que tenía para esos días. Irían al planetario, a la ópera y, lo que más ilusionó a María: harían una visita guiada al Gran Teatro de Rennes. Tal vez, cuando fuera mayor, ella misma actuaría allí, soñó María con esa posibilidad.

Blanca se quedó muy extrañada al encontrarse con Giselle. La francesa apareció, en la estación, con un tutú dorado y un *maillot* verde de cuyas mangas colgaban unos trozos de tela, que querían imitar a un par de alas.

¿Iría su amiga francesa disfrazada de insecto? ¿De hada? ¿Tal vez de duende? Dudaba Blanca, sin saber muy bien a qué se debía ese disfraz. Lo que sí tenía claro era que le estaba dando mucho corte que todo el mundo se girara, con descaro, para ver pasar a Giselle.

—*Mon amie* —Giselle caminó hacia Blanca, sujetando con una mano el extremo de su tutú dorado, que subía y bajaba a cada paso—, ¡estoy muy contenta de que ya estés en Rennes!

—Sí, yo también tenía muchas ganas de verte —dijo Blanca, sin poder dejar de mirar el conjunto y el peinado de Giselle.

La francesa llevaba todo el pelo recogido en un moño tan alto y tirante que a Blanca le dolía de solo mirarlo.

—¡Ups, ja, ja! —Giselle, que era muy observadora, reparó en la cara de extrañeza de Blanca—. Ya perdonarás las pintas. —Señaló su traje.

—Bueno… —Blanca ladeó la cabeza sin saber qué decir.

—Es que he venido directa desde la función de *ballet* —le explicó la francesa—. Hemos bailado al son de la melodía «Duendes del bosque».

—«Duendes del bosque»… umm… me gustaría escuchar esa canción —admitió Blanca, pensando que no conocía esa melodía. Al fin y al cabo, ella nunca había hecho *ballet* y no tenía por qué conocerla.

—La cuestión es que no quería pasar por casa para cambiarme de ropa y arriesgarme a no llegar a tiempo para recogerte. —Giselle levantó los brazos, y sus alas se desplegaron.

Blanca sonrió, ahora su amiga realmente parecía una mariposa. Un segundo después, su sonrisa se esfumó y comenzó a sentir vergüenza ajena. Incluso notó cómo le subía el calor por el cuello hasta la cara. Seguramente, pensó la chica, se estaba poniendo roja. Le daba mucho corte estar hablando, como si nada, con una bailarina-duende-insecto en medio de una estación de tren. Aunque, por otro lado, estaba muy feliz de poder encontrarse con su amiga francesa.

A Gretta casi se le saltan las lágrimas al ver, por fin, a Sophie. Las dos chicas habían tenido que retrasar el momento de conocerse. Aunque la francesa tenía previsto viajar a España el mayo pasado, al final tuvo que suspender su viaje debido a una operación de apendicitis. Pero ahora ya se había recuperado y tenía muchas ganas de enseñarle Rennes a Gretta.

—¡Hola, Gretta! —Sophie la abrazó—. ¡Por fin juntas!

—¡Sophieee! —exclamó Gretta—. Creí que nunca iba a llegar este momento.

—¿Qué tal el viaje? ¿Estás muy cansada? ¿Tienes hambre? —Sophie no paraba de hacerle preguntas—. Venga, te ayudaré con la maleta. —Agarró el asa.

—No te preocupes —Gretta movió la mano en el aire—,

no hace falta, casi no pesa y además lleva ruedas.

—Pesa poco, sí. —Sophie la levantó en el aire—. Pero te habrás traído dos pares zapatillas de estar en casa, ¿verdad? —bromeó, y Gretta no supo a qué se refería.

—Umm… ¿dos pares? —La miró extrañada—. Pues creo que no. ¿Por qué tendría que haberlos traído?

—Ja, ja, ja —rio Sophie—, ¡por *Pantoufle*, mi perro! Te recuerdo que tiene la manía de coleccionar pantuflas.

Las dos se echaron a reír. Gretta recordó entonces que, en su primera carta, Sophie le había contado que tenía un perro muy revoltoso.

Se llamaba *Pantoufle*, que significa «zapatilla de estar en casa», porque tenía unas manchas blancas en las patas que recordaban a eso. Y también tenía la costumbre de coleccionar zapatillas, ¡incluso se las cogía a los vecinos!

—Sí, me lo contaste hace muchos meses, ¡en tu primera carta! —Gretta la sacó del bolsillo del pantalón y se la mostró.

—Anda, la has traído —contestó Sophie sonriendo.

—Sí, y también he traído la última. —Gretta vio que era el momento de preguntarle por el párrafo misterioso—. Por cierto, Sophie —bajó la voz—, hay algo que me tienes que explicar… lo del sol y la luna, ¿qué es?

—Chsss… —Sophie se llevó un dedo a la boca y miró hacia los lados—, luego te lo cuento todo.

—Vale, vale —respondió Gretta en un susurro.

—Venga, pongámonos en marcha —Sophie le tiró suavemente del brazo—, y vayamos con mi familia. ¡Tienen muchas ganas de conocerte!

Las dos chicas caminaron unos metros y se reunieron con la familia de Sophie.

Capítulo 6

Sonrisas en la estación

—Este es Phillipe, mi padre. —Sophie señaló a un hombre alto, de mirada inteligente y ojos negros que, tras unas gafas redondas, se encogieron al saludar a Gretta.

—*Bienvenue*! —Sonrió el padre mientras extendía una mano.

—*Merci beaucoup*. —Gretta le estrechó la mano para corresponder al saludo.

—Y esta es mi madre, Jeanine. —Sophie le dio un cariñoso abrazo y añadió con tristeza—: Pero ella no va a poder estar con nosotras porque se va de viaje.

—Sí, me voy dentro de unas horas. —Jeanine consultó el reloj—. Pero al menos me ha dado tiempo de saludarte. Tenía muchas ganas de conocerte, Gretta.

Gretta se fijó en la madre de la francesa. Su melena castaña estaba adornada por una mecha rosa en forma de tirabuzón, que le caía hasta la mejilla, y que le recordó al cable de un teléfono antiguo. Además, tenía la cara salpicada de pecas y un gesto continuo en la boca, que parecía una eterna sonrisa.

Por eso, porque le pareció simpática, se atrevió a preguntarle:

—¿Y adónde se va de viaje? —Gretta sonrió.

La chica se fijó entonces en que la madre de Sophie

sujetaba, con fuerza, un maletín negro. En la parte de delante había un logotipo redondo, con dos letras. Gretta giró la cabeza para leerlas: «J. M.» y pensó si serían las iniciales de algún nombre.

—Viajo al desierto de Jordania —confesó Jeanine y estiró de su tirabuzón rosa—. Mi equipo ha encontrado «algo» —remarcó esta última palabra y se acercó a Gretta todo lo que pudo—: Algo en la misteriosa ciudad de piedra…

Gretta frunció el ceño y la miró de lado: no entendía muy bien a qué podía dedicarse esa mujer.

—Soy historiadora —aclaró la madre como si le hubiera leído el pensamiento.

—Y también investigadora —puntualizó el padre.

—Y aventurera. —Sophie levantó el dedo índice en señal de advertencia—. Ha vivido mil aventuras.

—Bueno, bueno, no exageremos —dijo Jeanine—. La verdad es que yo no busco aventuras —se encogió de hombros—, pero al final son las aventuras las que me encuentran a mí.

Al decir esto, la madre de Sophie se peinó el flequillo con los dedos, tratando de tapar una cicatriz en su frente.

—Mi trabajo consiste en investigar cosas relacionadas con otras épocas. —La mujer apretó hacia sí el maletín—. Y, esta vez, me toca ir a la ciudad de piedra: a Petra.

Gretta se fijó en cómo la madre sujetaba el maletín y pensó que debía de ser un objeto muy importante para ella. Seguramente, era tan importante como su diario.

—Qué suerte, ¡me encantaría visitar esa ciudad! —no pudo evitar decir Gretta, pues una de sus ilusiones era conocer el mundo entero.

—A mí también me gustaría ir… —suspiró Sophie y se imaginó atravesando los desfiladeros de aquella ciudad tallada en piedra—. Pero no nos hagamos ilusiones, no nos llevará. —Se quedó mirando fijamente a su madre.

—Ya sabes que no puede ser, cariño. —Jeanine movió la cabeza a los lados—. Te lo he explicado muchas veces: para mí no son vacaciones, voy a trabajar.

—Pero mamá, Gretta y yo podríamos echarte una mano en tu trabajo, podríamos ayudar en tus investigaciones… —Sophie trató de convencerla.

Pero Jeanine volvió a negar con la cabeza. Madre e hija intercambiaron una mirada un poco seria, parecía que no era la primera vez que discutían sobre ese tema.

—Tal vez, cuando seamos más mayores, podamos viajar juntas a esa ciudad —le propuso Gretta a Sophie y, acto seguido, se imaginó escribiendo ese viaje en su diario.

—¡Sí! Y no solo iremos al desierto, ¡viajaremos juntas por el mundo entero! —exclamó Sophie y, de nuevo, la ilusión volvió a sus ojos—. ¡Prométemelo!

Gretta rio mientras asentía.

—Yo, como solo estaré unas horas más en Rennes —continuó hablando Jeanine—, lo que os prometo es invitaros a comer unas deliciosas *crêpes*.

—Umm, ese plan suena de maravilla. —Sophie se llevó una mano al estómago y la movió en círculos.

—Venga, pues dejémonos de cháchara. *Le Crêperie Lile* está muy cerca de la estación —dijo el padre.

—Aprovechemos bien el tiempo, que a las cinco me pasarán a recoger por casa —propuso Jeanine.

—Pero entonces, ¿no nos veremos más? —Gretta cayó en la cuenta y se sintió decepcionada.

Aquella mujer le había caído muy bien y quería preguntarle muchas cosas acerca de su trabajo como investigadora.

—Sí, sí nos veremos. Vuelvo dentro siete u ocho días —aclaró la madre.

Mientras Jeanine hablaba, Sophie la miraba embelesada. Para ella, su madre era una gran investigadora que había

viajado por todo el mundo, desvelando interesantes misterios. También había excavado importantes yacimientos y descubierto ciudades antiguas. Algunas enterradas durante miles y miles de años.

Gretta se fijó en Sophie. Los ojos de su amiga brillaban de admiración.

—¿Sabes?, el equipo de mi madre ha encontrado un pasadizo subterráneo en Petra. Tiene que ir a recorrerlo y averiguar qué es lo que hay —Sophie empezó a contarle, pero alguien la interrumpió.

—Ejem, ejem… —Se escuchó.

En ese momento, un chico carraspeó a su lado, queriendo llamar su atención.

—Ah, perdón. No he acabado de presentarte a toda mi familia. —Sophie se llevó la mano a la frente—. Este es mi hermano. —Se giró y lo señaló—. Se llama Alexandre.

—Alex —puntualizó el chico.

El hermano de Sophie tenía cuatro años más que ellas. Era alto, moreno y, al sonreír, se le marcaban dos hoyuelos, que le daban un aspecto simpático.

Lo cierto era que Alex parecía un chico amable. En cuanto vio a Gretta, quiso que se sintiera bien y, con gran esfuerzo, comenzó a desempolvar el poco español que sabía.

Esto hizo reír mucho a Gretta pues Alex decía cosas como: «buenos dados», en lugar de «buenos días», o «eges muy acuática», en lugar de «eres muy simpática».

—Alex, será mejor que hables en francés. A Gretta se le da fenomenal y tú… ¡ja, ja, ja! —rio Sophie— estás haciendo el ridículo.

Alex tenía mucho sentido del humor y se echó a reír cuando Sophie le explicó en francés lo que de verdad le estaba diciendo a Gretta.

—*Pardonne-moi*. —Al decirlo, el chico puso una cara

muy graciosa mientras se colocaba una mano en el estómago y se doblaba hacia adelante varias veces.

La reverencia de Alex resultó muy cómica, y todos soltaron una enorme risotada en medio de la estación.

Olivia, que en ese momento estaba muy cerca, se giró para ver de dónde venían las carcajadas. Cuando descubrió que en el centro del grupo y de las sonrisas estaba Gretta, sintió una punzada de envidia. Además, no era la primera vez que Olivia se daba cuenta de que todo el mundo parecía estar muy a gusto al lado de Gretta. ¿Qué tenía de especial esa chica?, ¿por qué caía tan bien?, se preguntaba.

—Olivia, ¿te parece que nos vayamos ya? —le dijo Jolie, su compañera, sacándola de sus pensamientos.

—Espera un momento, *s'il vous plait*. —Olivia trató de parecer amable—. Me gustaría despedirme de mi amiga Gretta. ¿Puedo? Solo será un momento.

Ante la punzada de envidia, Olivia tomó la decisión de que, durante ese viaje, no perdería de vista a Gretta. Quería averiguar el motivo por el que caía tan bien a todo el mundo. Estaba deseando conocer el secreto de su éxito y, de esa manera, poder imitarla.

—Vale, vayamos a ver a tu amiga —asintió Jolie, ajena a las segundas intenciones de Olivia—. Así le digo adiós a Sophie. Es una de mis mejores amigas y vive solo unas calles más allá de mi casa. Somos casi vecinas.

Muy al contrario que antes, ahora a Olivia sí le gustó recordar que iba a ser vecina de Gretta. La cabeza de Olivia bullía maquinando un plan, y su esponjoso peinado parecía el humo de tanta actividad mental.

—¿Ah, sí? ¿Seremos vecinas? —Olivia entrecerró los ojos.

La jefa de «las brujas» se atusó el pelo, como si así lograra disimular el fuego de sus malas ideas, y caminó, muy decidida, hacia Gretta.

En cuanto la tuvo delante, comenzó a hablar en voz muy

alta y a gesticular de manera exagerada, para que todo el mundo la mirara a ella. Siempre le había gustado ser el centro de atención.

—Querida Gretta, ¡¡amiga!! Qué bien lo estáis pasando. —La abrazaba mientras miraba de reojo a Sophie y a Alex —. No te preocupes por mí. Enseguida pasaré a verte por tu casa… ¡tenemos tanto de que hablar!

Luego le dio un par de besos y le dijo un «cuídate» tan sincero que parecía como si fueran amigas de toda la vida. Gretta se quedó un poco extrañada. No sabía a qué venían esas muestras de afecto: ¿tanto cariño le había cogido Olivia por haber viajado a su lado en el tren?

Pero enseguida dejó de pensar en ella, ahora había que salir de la estación y conocer, por fin, Rennes.

Cada una de las amigas de la casa del árbol puso rumbo a su nueva casa. Aunque les resultaba muy raro estar lejos las unas de las otras en una ciudad desconocida, sabían que al día siguiente se verían en el colegio.

—¡Hasta mañana! —Gretta levantó la mano desde lejos para despedirse de sus amigas.

—*Au revoir*! —Sin tener que consultar el listado, Celia habló en francés emocionada y medio flotando de ilusión por la promesa del viaje en globo.

—Adiós, chicas —dijo Blanca, ya recuperada de la vergüenza por el disfraz de Giselle—. Y no lleguéis tarde mañana al colegio, ¡seguro que yo seré la primera en llegar!

—Y recordad: si alguien se agobia o tenemos una noticia importante, llevamos los móviles —les indicó Paula, que ya solo quería llegar a la granja de Amelie.

—A falta de nuestros queridos gatos, los móviles no nos vendrán nada mal —dijo María, que estaba junto a Geraldine, mientras agitaba el teléfono en el aire.

Capítulo 7

Planes del revés

Eran las cinco de la tarde cuando alguien llamó al portero automático con insistencia.

¡¡PÍÍÍ, PÍÍÍ, PÍÍÍ!! se oyó por toda la casa.

Pantoufle, asustado, ladró con todas sus fuerzas ¡¡¡GUAU, GUAU!!! y corrió hasta la entrada.

En ese momento, Sophie y Gretta estaban en el salón, tranquilamente, mirando un álbum de fotos de cuando la francesa era pequeña. Ante semejante pitido, las dos chicas se sobresaltaron, abandonaron el álbum en el sofá y corrieron hacia la puerta dispuestas a abrir. Pero el hermano de Sophie se les adelantó.

—¡Mamáää! —chilló Alex, después de responder al telefonillo—, te vienen a buscar.

—Uy, es verdad, pero si ya es la hora. —La madre miró su reloj y se dirigió a la puerta—. ¡Mi viaje!

Antes de bajar al portal, se colocó un fular alrededor del cuello, revisó su maletín negro y cogió el equipaje. Luego, acarició un par de veces al perro y se despidió de Gretta y de Sophie.

—Chicas, pasadlo muy bien. —Les revolvió el pelo en un gesto cariñoso—. Y tened cuidado, ¿de acuerdo?

—Sí, no se preocupe. —Gretta movió la mano para despedirse—. Adiós, que vaya muy bien el viaje y la

investigación.

—¡Gracias! Vosotras portaos bien, ¿eh? —Se quedó mirando a Sophie y se estiró del mechón de pelo rosa—. No hagas ninguna trastada. —Soltó el tirabuzón, que subió y bajó como un muelle.

Sophie carraspeó y miró hacia otro lado.

—Ni tampoco ninguna travesura —añadió Jeanine, pronunciando la palabra «travesura» como si madre e hija supieran exactamente a lo que se estaba refiriendo.

—Sí, mamá, no te preocupes. —Sophie asintió y, aunque intentó sonreír, la tristeza asomó a sus ojos.

Al menos, eso le pareció a Gretta al ver que, en cuanto Jeanine comenzó a bajar las escaleras, la mirada de su amiga se volvió de un color entre gris y azul. Color que Gretta siempre había asociado con las lágrimas.

—Te hubiera gustado ir con ella a Petra, ¿verdad? —Gretta pasó la mano por el hombro de su amiga.

—La verdad es que sí… —reconoció Sophie—. Pero solo si nos hubiera llevado a las dos. Aunque, bueno, sabía que no nos iba a llevar. Mi madre cree que yo sería un estorbo en su investigación.

—Bueno, solo estará fuera unos pocos días. —Gretta quiso reconfortarla—. Seguro que, cuando vuelva, tu madre nos cuenta un montón de aventuras.

—No importa —sentenció Sophie y se ilusionó al decir—: Nosotras haremos nuestra propia investigación. Y le demostraré a mi madre que podemos ser de ayuda. De mucha ayuda.

Sophie quiso despedirse una vez más de su madre.

—Vamos a decirle adiós desde aquí arriba. —Sophie abrió el balcón.

El perro las siguió y, después de meter el morro entre los barrotes del mirador, ladró varias veces, uniéndose así a la improvisada despedida.

Desde el balcón se veía perfectamente la calle, donde ya estaba aparcado el coche que venía a buscar a Jeanine.

La mujer, antes de subir al vehículo y alertada por los ladridos, miró hacia arriba.

—*Au revoir!* —Agitó su fular, enérgicamente, a modo de despedida.

La tarde comenzaba a caer sobre Rennes, y el cielo se teñía, poco a poco, de un bonito color naranja. En unas pocas horas, el sol se ocultaría tras un horizonte de tejados, pero las chicas aún tenían tiempo de dar una vuelta.

—Gretta, ¿te apetece dar un paseo? —propuso la francesa.

Sophie estaba deseando contarle todo lo que sabía del misterio del sol y la luna, el enigma que quería que resolvieran juntas.

—Sí, genial, salgamos un rato —dijo Gretta.

—¿Te apetece visitar algún sitio en concreto o prefieres que sea sorpresa? —indagó Sophie.

—Vayamos donde quieras, me encantan las sorpresas —aseguró Gretta.

Sophie la quería llevar hasta el lugar exacto donde había comenzado el misterio del sol y la luna. Así, una vez puesta en escena, le contaría todo.

—Entonces, iremos en autobús hacia el sur. —Sophie agarró su pequeño bolso, dispuesta a marcharse.

—Espera, quiero llevar mi diario. Seguro que hay cosas interesantes que apuntar. Y más si esto es una sorpresa. —Gretta se fue a coger su mochila, donde estaba el diario, y se reunió con Sophie.

Sin embargo, justo cuando ya estaban en la puerta, dispuestas a comenzar su aventura, alguien quiso unirse a su expedición…

—¿Puedo ir con vosotras? —Sin esperar respuesta, Alex

cogió la correa del perro—. Y así paseamos un rato a *Pantoufle* todos juntos. —Le quitó al perro una zapatilla de la boca.

—¿Los tres con el perro? —Sophie dudó, aunque acabó por decir—: Vale, está bien. —Y sonrió pues, aunque sentía que sus planes se habían torcido, no quería que su hermano se sintiera dado de lado.

—¡Genial! —Alex le puso la correa al perro—. ¿Dónde ibais?

Gretta se encogió de hombros, ella solo sabía que iban a un lugar al sur de la ciudad. Sophie, que no quería contar sus planes, trató de disimular. No quería compartir el secreto del sol y la luna con su hermano.

—Oh, bueno… —Sophie hizo un gesto indeterminado con la mano—. Sin rumbo, un poco donde nos llevaran nuestros pasos. Pero igual a ti se te ocurre algún sitio bonito para enseñarle a Gretta. —Dejó que Alex tomara la iniciativa.

—¿Os parece si vamos al parque Thabor? —propuso entonces Alex—. Está cerca de casa y es muy bonito. Gretta, creo que te encantará.

—Perfecto, ¡estoy deseando conocer todos los sitios de Rennes! —exclamó la chica, ilusionada.

En ese momento sonó el móvil de Sophie.

—Anda, qué sorpresa, es mi amiga Jolie —dijo mirando la pantalla del móvil, y se lo llevó a la oreja.

Después de un par de minutos hablando, Sophie colgó.

—He quedado con Jolie. Le he contado nuestro plan y dice que se acercarán al parque —puso al corriente a Gretta —. Vendrá también con su compañera de correspondencia. Esa que se despidió de ti tan efusivamente en la estación.

—Ah sí, Olivia —comentó Gretta sin mucha ilusión.

Lo cierto era que a Gretta le apetecía más estar con Paula o con María o con Blanca o Celia y, no solo eso, también temía que Olivia empezara con sus desplantes,

creando esas situaciones tan incómodas que solían acabar en riñas y malos entendidos.

—¿No te parece bien que vengan? —le preguntó Sophie al ver que no ponía buena cara.

—Oh, bueno, y ¿no conoces a Amelie, Geraldine, Anne Marie y Giselle? —tanteó Gretta, pues pensó que podían quedar todas juntas—. Ellas son las compañeras de correspondencia de mis amigas.

—Sí, van a mi clase. Pero son de otro grupo. No tengo mucho trato con ellas, ¿por? —quiso saber Sophie.

—Nada, déjalo —acabó por decir Gretta, que no quería poner en un apuro a Sophie.

En el fondo, también tenía la esperanza de que Olivia estuviera un poco maja, y quiso creer que una tarde con ella tampoco podía ser tan terrible.

—¿Estamos ya? —Alex abrió la puerta de casa.

—Sí, sí —asintieron las dos a la vez.

De camino al parque, Gretta pudo ver con más detenimiento el barrio donde vivía Sophie.

Era uno de los más antiguos de la ciudad y estaba lleno de pequeñas tiendas y comercios muy curiosos. Algunos parecían de otra época: una farmacia donde los medicamentos aún se guardaban en frascos de cristal y se dispensaban por peso, un anticuario de relojes, un artesano de velas…

Y lo que más llamó la atención de Gretta: una imprenta llamada «*Magical Papyrus*», donde hacían libros y se vendían tintas artesanas y cera para sellar cartas.

—Mira, ¡aquí venden tinta de flor de ciruelo! —Gretta pegó la nariz al escaparate mientras leía un cartel—. ¡Sería perfecta para mis dibujos en tinta!

—¿Quieres que entremos? —propuso Sophie.

—Oh, no, no, mira el precio… —Gretta torció la boca—. No podría permitirme un capricho así el primer día. No sé lo

que voy a necesitar más adelante —aseguró pensando que era mejor dosificar los gastos.

Sophie pensó que, tal vez, podría comprarle a Gretta la tinta de flor de ciruelo como regalo de despedida cuando se marchara de Rennes.

En ese momento, *Pantoufle* se echó a ladrar, exigiendo que continuaran su paseo. Las chicas abandonaron el escaparate, y todos se encaminaron hacia el parque. Como los dos hermanos conocían a todo el barrio, iban saludando a los tenderos y a los vecinos mientras Sophie les contaba, muy contenta, que había llegado su amiga de España.

Alex hizo de guía y explicó, con todo lujo de detalles, las características de los monumentos y edificios que iban dejando atrás: la Catedral de
Saint-Pierre,
el Parlamento, la Ópera…

—Paremos un segundo —les pidió Gretta mientras alcanzaba su mochila para sacar el diario y un bolígrafo—. Apuntaré los nombres de estos monumentos.

Mientras Gretta pasaba las hojas, volvió a encontrarse y a leer la frase.

«*Solo cuando sueltes tus miedos, podrás volar alto*».

Después de asentir mientras la leía, apuntó en una hoja nueva el nombre de los edificios.

—Me encanta vuestra ciudad —suspiró contenta.

Gretta pensaba que Rennes era una de las ciudades más alegres y bonitas que jamás había visitado. Se sentía tan feliz que nada era capaz de borrar su sonrisa… al menos, de momento.

Capítulo 8

Papel y rosas

El olor a ciento de flores rociaba la entrada del parque. Gretta aspiró el aire con fuerza mientras se deleitaba con el dulce canto de los pájaros.

El agua de una fuente brotaba generosa, y daban ganas de sentarse en su bordillo para dejarse salpicar por las refrescantes gotas de agua.

Eso mismo era lo que debía de estar pensando *Pantoufle* que, en cuanto oyó el murmullo del agua, corrió hasta la fuente y metió el hocico, dispuesto a no dejar ni una gota. Alex fue detrás del perro.

—¡Eh, *Pantoufle*, no te la bebas toda! —bromeó el chico mientras cogía un poco de agua entre sus manos y salpicaba al perro.

Mientras tanto, Sophie y Gretta se dirigieron a un cartel informativo.

—¡Este parque tiene diez hectáreas! —leyó Gretta en el cartel—. Eso es tanto que no puedo ni imaginarlo.

—Sí, es muy grande —asintió Sophie—. Y mira todo lo que tiene. —Paseó su dedo por el cartel y señaló los lugares mientras leía—: El jardín francés, el parque inglés, la pajarera…

—¡Y también hay una cueva! —se entusiasmó Gretta, pues las cuevas le resultaban misteriosas.

—Si quieres, podemos visitarla otro día. Hoy hemos quedado aquí —dio dos golpes con el dedo en un punto del cartel antes de decir—: En el jardín botánico. Ya verás, te va a encantar. Tiene una rosaleda con más de dos mil tipos distintos de rosas.

—Me encantan las rosas —comentó Gretta—. ¡Vayamos ya hacia allí! —exclamó feliz, sin acordarse de que, en un rato, compartiría ese paseo tan especial con Olivia.

—Vamos, Alex —Sophie se giró para llamar a su hermano—, he quedado en la rosaleda.

La rosaleda era un laberinto hecho de flores. Tenía forma circular y, dentro del círculo, había muchos caminos que se cruzaban entre sí. Era un sitio muy agradable; parecía un oasis, donde miles de rosas regalaban sus aromas y llenaban el paisaje de bonitos colores.

Al pie de cada rosal, había un cartel con el nombre de cada especie de rosa. Gretta se paró para leerlos.

—Rosa «*P. Noiret*» y rosa «*D. Savoie*». —Se agachó a olerlas—. ¡Qué bien huelen!

La chica dio unos cuantos pasos más.

—Esta se llama «*Chacok*» y esta otra, «*Chateau Amboise*» —leyó fascinada al comprobar los diferentes tonos de rojo—. ¡Nunca me imaginé que había tantos nombres diferentes para una misma flor! ¡¡Quiero verlas todas!! ¿Podemos ir hasta el centro?

—Mejor ve tú, yo esperaré aquí —contestó Sophie mirando su reloj—. He quedado justo en este banco con Jolie. —Se sentó en un banco de madera azul.

—Pues entonces te espero allí, en el laberinto de la rosaleda —avisó Gretta—, ¡a ver si se dan prisa y puedes venir conmigo!

—Es extraño, Jolie es muy puntual. Se me hace raro que ya sea la hora y que todavía no hayan llegado. —Sophie estiró el cuello y miró hacia el horizonte.

Gretta no dijo nada, pero pensó que la tardanza se debía

a Olivia. Tal vez, la jefa de «las brujas» se estaría peinando o probando sus modelitos… Lo que sí estaba claro era que Olivia no solía ponerse en el lugar de los demás, le daba igual que la tuvieran que esperar durante horas. Ya lo había demostrado en la estación cuando casi les hace perder el tren a Rennes.

—Bueno, pues iré yo a mirar un poco. —Gretta se adelantó y llegó hasta el centro de la rosaleda.

—Te acompaño. —Alex la siguió con el perro unos cuantos metros.

—Este sitio es precioso. —Gretta se paró a acariciar los pétalos de una enorme rosa roja aterciopelada.

La flor era tan suave que deseó tener una de esas rosas y guardar sus pétalos. Los secaría dentro de su diario. Luego los pegaría y escribiría la fecha y el lugar donde los había recolectado: el jardín más bonito del mundo, el de Rennes, un miércoles, 15 de agosto.

La chica alargó la mano, tentada de arrancar la flor, pero luego desistió: no estaba bien cortarlas. Por suerte, unos metros más allá, había un seto con tantas flores que algunas se habían caído al suelo.

—Mira, Alex, esas rosas se han caído. —Gretta se acercó.

—Da pena que se queden tiradas. —Alex se agachó para coger una—. ¿La quieres?

—Oh, muchas gracias, me has leído el pensamiento. —Gretta la cogió y aspiró su aroma—. Justo estaba pensando que quería una.

Solo unos minutos antes, Jolie y Olivia habían llegado al parque. Olivia enseguida preguntó por Gretta y, al saber que estaba en el laberinto, fue rápida a buscarla: su objetivo era no perderla de vista.

Sin embargo, cuando llegó al centro del laberinto, lo que vio la hizo ponerse tan roja de envidia como la flor que Alex le estaba dando a Gretta…

La jefa de «las brujas» volvió a sentir esa incómoda punzada en el estómago y esa presión en su cabeza al preguntarse: ¿por qué Alex estaba siendo tan amable con Gretta? Se preguntaba, enfadada, al comprobar que no era ella el centro de atención.

Decidida a averiguarlo, Olivia se acercó hasta ellos, tratando de poner la mejor de sus sonrisas.

—¿Os apetece que tomemos un refresco? —propuso nada más verlos—. ¿No creéis que hace mucho calor?

—Estupendo, sí, un refresco. —Gretta se quedó sorprendida por la amabilidad de Olivia.

—Vayamos a la terraza de la pérgola. —Alex estiró de la correa del perro—. Sirven unos granizados riquísimos y de todos los sabores.

—Sí, vayamos. —Olivia sonrió satisfecha. Su propuesta no solo había tenido aceptación, sino que también les había interrumpido.

En poco tiempo, todo el grupo se dirigía a la cafetería.

—Yo tomaré un refresco de naranja —pidió Olivia al camarero—. Pero con mucho mucho hielo, por favor.

—Para mí un granizado de menta —dijo Alex mientras ataba la correa del perro alrededor de la pata de su silla.

—Nosotras tomaremos unos granizados de fresa —habló Sophie en nombre de Jolie y Gretta.

Mientras el camarero regresaba con los refrescos, Gretta se quedó pensando que la compañía de Olivia no estaba siendo algo tan grave. Solo había que verla ahí sentada, a su lado, como una más. Tal vez la había juzgado mal, se decía para sus adentros, quizá Olivia se estaba volviendo maja.

Gretta sonrió, se alegraba de haberle dado esa oportunidad. Luego suspiró al pensar en sus amigas. La tarde hubiera sido perfecta con ellas.

Aun así, le pareció uno de esos momentos que merece la

pena recordar: el aire dándole en la cara, el canto de los pájaros, el aroma de la flor que aún guardaba entre sus manos.

Entonces se acordó. Gretta sacó el diario de su mochila. Tenía que colocar pronto los pétalos entre sus páginas para que no se arrugaran en exceso. Con mucho cuidado, separó unos cuantos. Eran de un rojo tan intenso que contrastaban con el blanco del papel de su libreta. Ahora todos los recuerdos de ese viaje quedarían impresos por el aroma de esa rosa.

Mientras tanto, Olivia, que no le quitaba ojo de encima, se fijó en el diario. Y fue entonces cuando una idea cruzó su mente. La mano le tembló y los hielos temblaron dentro de su vaso, mientras tramaba uno de sus planes…

Disimuladamente, se acercó más a Gretta y miró por encima de la página abierta del diario, pero no logró leer nada de nada… Olivia apretó los labios con rabia: seguro que ese diario contaba un montón de cosas.

—Creo que es hora de irnos a casa —propuso Sophie en cuanto terminaron sus refrescos—. Será mejor que no se nos haga tarde.

—Es verdad —asintió Jolie—. Mañana, en nuestro colegio, tenemos que asistir a la presentación del curso de verano, donde nos explicarán las actividades.

—¡Qué bien! ¿Y qué nos han preparado? —preguntó Olivia fingiendo interés.

—No lo sé —confesó Sophie—, pero tenemos que estar a las nueve porque se celebra un acto de bienvenida y no es cuestión de ir medio dormidas.

Sophie se levantó rápidamente de la silla. Estaba deseando llegar a su habitación para contarle a Gretta todo lo del misterio.

—¿No vienes, Alex? —Gretta se extrañó al ver que el chico se quedaba rezagado.

—No, me acercaré a casa de un amigo. —Alex

desenroscó la correa atada a la pata de su silla y le entregó al perro—. Llevaos a *Pantoufle* vosotras. ¡Luego iré a casa!

—De acuerdo —dijo Sophie—. Te guardaremos cena. Seguro que papá ha preparado algo delicioso.

—No os preocupéis. —Alex negó con la cabeza—. Cenaré fuera.

—¡Como quieras, tú te lo pierdes! —bromeó Sophie.

Gretta, Sophie, Jolie y Olivia pusieron rumbo al casco antiguo, el barrio donde vivían las cuatro.

Capítulo 9

Cena para tres

Fue en una de las esquinas de la catedral, donde Jolie y Olivia se despidieron de Gretta y Sophie. Eran las nueve en punto, y las campanas tocaron desde lo alto.

—*Au revoir*! —La voz de Jolie se confundió con el repiqueteo de las campanas—. Nosotras nos vamos por aquí. —Señaló una calle a la izquierda.

—¡Nos vemos mañana en el colegio! —Sophie se despidió.

Sophie y Gretta siguieron por la calle de la derecha y, en menos de tres minutos, llegaron al portal del número 7 de *Rue des Loges*, donde vivía la francesa. Allí, en la portería, estaba Belmont, el conserje, un hombre serio y aficionado a los pasatiempos que tenía por costumbre enrollarse el bigote, en forma de caracola, una y otra vez.

El portero, al verlas, dejó de retorcerse el mostacho y levantó la mano, a modo de saludo.

—Espero que el perro lleve las patas limpias, acabo de fregar las escaleras —les advirtió y siguió haciendo una sopa de letras.

Por si acaso, y para no enfadar a Belmont, Sophie sacó un pañuelo y lo pasó por las patas *Pantoufle*. Luego se dirigieron a la escalera. Como el edificio no tenía ascensor, tendrían que subir los cinco pisos a pie.

—Ahora que nos hemos quedado solas, por fin voy a poder hablarte del misterio. —Sophie se paró en el rellano del segundo y, muy misteriosa, aseguró—: Esa será nuestra aventura.

Gretta se quedó callada, esperando que su amiga le diera alguna pista más. *Pantoufle* protestó con un gruñido y las miró sin entender por qué se paraban.

—Me ayudarás, ¿verdad? —Sophie se asomó al hueco de la escalera para comprobar que nadie subía ni bajaba y que, por lo tanto, nadie la había escuchado.

Esperando una respuesta, la francesa se apoyó en el pasamanos de madera. El barniz reflejaba la luz de la bombilla que, colgada del techo, iluminaba el rellano del segundo, con sus dos puertas a derecha e izquierda.

Gretta sintió un escalofrío. Sophie hablaba de ese misterio de una manera muy enigmática y, además, ahora que comenzaba a hacerse de noche, todo adquiría un aspecto un poco siniestro.

—Sí, bueno, puedes contar conmigo, claro. Pero me tendrás que contar de qué se trata —pidió Gretta—. No es un juego ni nada así, ¿verdad?

—¿Un juego? No, no. —Sophie frunció el ceño y movió la cabeza a los lados.

—He llegado a pensar que se trataba de un *Escape Room*… —Gretta se quedó pensativa mirando el techo—. Aunque siempre tuve la corazonada de que no era un juego.

La bombilla se encendió y apagó un par de veces, y se oyó un chisporroteo. Gretta se llevó la mano al corazón. Todo comenzaba a adquirir un halo de intriga que no le gustaba nada. No pudo evitar sobresaltarse cuando, al otro lado de una de las puertas, se oyó el ladrido de un perro.

—Tranquila, es Tofú, el caniche de la vecina —comentó Sophie y cambió de tema—. Venga, en casa te lo contaré todo. Aquí las paredes oyen y los vecinos espían. —Señaló

con la barbilla una de las puertas.

Las chicas continuaron subiendo las escaleras. En el rellano del cuarto, varias baldosas estaban sueltas y, en más de una ocasión, Gretta sintió como si el suelo se moviera bajo sus pies.

La chica llegó al quinto con la lengua fuera, y tuvo que apoyarse en la pared para recobrar el aliento. Los peldaños eran tan empinados que parecía que, en vez de subir hasta un quinto, habían escalado hasta un noveno.

Sophie sacó la llave y la metió en la cerradura.

—Haremos una cosa. —La francesa bajó la voz—. Cenaremos rápido y diremos que estamos muy cansadas y que nos vamos a dormir. Así tendremos tiempo de hablar tranquilamente. —Giró la llave, y la enorme puerta se abrió emitiendo un crujido.

Sophie la invitó a pasar mientras liberaba al perro de la correa.

Una vez dentro de la casa, Gretta comenzó a reponerse. Aunque las escaleras hasta el quinto estaban muy destartaladas, la casa de Sophie era muy bonita y acogedora por dentro. Además era muy grande. Y lo que más le gustaba a Gretta era que tenía dos plantas conectadas por una escalera de caracol y, en la parte de arriba, estaba la habitación de Sophie: una preciosa buhardilla con el techo inclinado. Era allí donde dormirían las dos chicas.

Al pasar junto a la cocina, saludaron al padre.

—Buenas tardes, Phillipe. —Gretta se asomó por la puerta y aspiró el aroma del guiso—. ¡Qué bien huele!

—¡Hola, papá! —dijo Sophie—. Nosotras cenaremos pronto y nos iremos a dormir.

—¿Ya os vais a dormir? —Phillipe se volvió para mirar el reloj de la cocina—. Bueno, pero probaréis mi *Ratatouille*, ¿verdad? —dijo sin dejar de dar vueltas a unas verduras que olían de maravilla—. Venga, llama a tu hermano y

poned la mesa, que esto ya casi está.

—No, Alex nos dijo que se iba a casa de un amigo —aclaró Sophie—. Y que no le esperásemos para cenar.

—Este chico, siempre igual. No hay manera de que cene con nosotros ni un solo día… —refunfuñó el padre mientras empujaba con una espátula la *Ratatouille* y la servía en tres platos.

—Siempre lo mismo. —Asintió Sophie mirando a Gretta —. Ya hasta las tantas no aparecerá por casa.

Después de cenar y recoger la mesa, las dos chicas subieron a la buhardilla.

El día había sido muy intenso, y Gretta comenzaba a sentirse muy cansada. Sin embargo, todavía tenía la maleta en medio de la habitación, a la espera de ser vaciada.

Mientras Gretta deshacía su equipaje, a Sophie se la veía muy inquieta. Iba y venía por la habitación, colocaba cosas sobre la cómoda, abría y cerraba la puerta… ¡Estaba deseando que Gretta terminara de colocar sus cosas y le prestara atención total para poder hablarle del misterio!

—Puedes usar esta parte del armario. —Sophie abrió una de las puertas del ropero y le mostró el interior. Era un armario enorme que llegaba hasta el techo.

—Con el sueño que tengo, me da mucha pereza tener que colocar toda mi ropa. —Gretta se tapó la boca al bostezar—. Llevo un día entero sin dormir…

—Venga, entre las dos no nos costará nada. —Sophie la ayudó a colocar las camisetas en una de las baldas y los pantalones colgados en perchas.

En menos de lo que habían imaginado, la ropa de Gretta estaba colocada junto a la de su amiga.

—La mochila también la puedes guardar en el armario —le ofreció Sophie.

—Vale, sí. —Gretta cerró bien la cremallera y la dejó en una balda—. Por cierto, ¿dónde puedo guardar mi diario? —

Dio un salto para mirar los estantes más altos del armario —. Me gustaría guardarlo en un lugar escondido, donde nadie lo pueda ver.

—No te preocupes, en cualquier sitio de esta habitación estará seguro. No suele entrar nadie. Solo a veces entra mi madre, pero ella ahora no está —comentó Sophie—. Si quieres, puedes guardar el diario en el cajón de la mesilla. Así lo tendrás cerca y podrás escribir cada noche antes de dormir.

—Buena idea. —Gretta abrió el cajón para comprobar que estaba vacío.

—Pondré la alarma a las ocho. —Sophie encendió la luz de la lamparita de noche y cogió el despertador—. El colegio empieza a las nueve, nos da tiempo.

Gretta miró las manecillas del despertador y escuchó un monótono tic, tac. Hacía unas veinticuatro horas que había salido de su casa y comenzado el viaje, junto a sus amigas.

La chica se quedó pensativa, ¿qué estarían haciendo en ese momento? Como se caía de sueño, no le quiso dar muchas vueltas. Mañana las vería, pensó.

—Eh, Gretta, ¿me estás escuchando? —Sophie le zarandeó ligeramente—. ¡Despierta!

—Perdona, creo que me estaba quedando frita… —Gretta salió de sus pensamientos—. ¿Me decías algo?

—Sí, te decía que tu cama es esa, ¿vale? —Sophie señaló la cama que estaba junto a la ventana.

—Vale, genial —dijo Gretta, que ya solo pensaba en dejarse caer sobre esa cama que parecía tan mullida y dormir hasta que sonara el despertador.

—Además, desde tu cama podrás contemplar las estrellas. —Sophie apartó la cortina y vio que el cielo estaba despejado—. Y esta noche, además, podrás ver la luna llena. —De un salto, Sophie regresó a su cama.

—Eso si no me duermo antes. —Bostezó Gretta, que ya había terminado de ponerse el pijama—. Iré a lavarme los

dientes.

—Puedes ir al aseo que hay en el pasillo, justo enfrente de la habitación —le indicó Sophie.

—Vale, enseguida vuelvo. —Gretta cogió su neceser y se dirigió al baño—. ¡Uahhh! —Bostezó de manera exagerada.

—Date… pri… —Sophie abrió la boca, pero enseguida la cerró, dejando la frase a medias.

Le iba a decir que se diera prisa, que tenía algo muy importante que contarle. Pero se dio cuenta de lo cansada que estaba Gretta, así que, aunque tenía muchas ganas de contarle lo del misterio del sol y la luna, decidió que sería mejor dejar esa conversación para el día siguiente.

Sin embargo, al regresar del aseo, Gretta se fijó en el enorme corcho sobre la mesa de estudio de Sophie y descubrió algo que lo cambió todo.

Capítulo 10

Chinchetas de colores

A Gretta le gustó mucho ver el nombre de su amiga brillando con letras luminosas encima del enorme corcho. También la cuerda que iba de lado a lado y de la que colgaban fotografías sujetas por unas pequeñas pinzas. Sin embargo, lo que verdaderamente llamó su atención fue un mapa del mundo repleto de chinchetas de colores.

—Anda, no me había fijado, ¡qué chulo! —Gretta señaló el mapa—. Pero ¿qué son todas esas chinchetas? —Se frotó los ojos y se acercó para verlo mejor.

—Las chinchetas señalan todos los lugares a los que quiero viajar —confesó Sophie, muy orgullosa—. Y, ¿sabes por qué? —Nuevamente, su voz sonó misteriosa.

—¿Por qué? —preguntó Gretta, y volvió a taparse la boca para bostezar.

Sophie se la quedó mirando, su amiga parecía muy cansada.

—Bueno, mañana te cuento eso y otras cosas —acabó por decir la francesa—. Ahora será mejor que descanses.

—Ah, no, no, ¡ahora quiero saberlo! —exigió Gretta mientras se sujetaba los párpados con las manos, en un intento de demostrar que era capaz de vencer el sueño.

—Ja, ja, ja, de acuerdo —rio Sophie—, pero deja de abrir así los ojos, que pareces una lechuza.

—Ja, ja, ja —rio también Gretta.

—Verás, quiero viajar a esos sitios porque en cada uno de ellos hay un misterio por investigar. —Sophie cogió del brazo a Gretta y la condujo hasta el mapa—. Solo quitaré las chinchetas cuando el misterio se haya resuelto.

—¿Cómo sabes que hay tantos misterios? —Gretta contó rápidamente unas veinte chinchetas.

—Me los ha ido contando mi madre —aseguró Sophie.

La francesa señaló una chincheta en el Atlántico.

—Por ejemplo, en este punto, hace doscientos años, se vio por primera vez un barco fantasma —explicó Sophie—. Y todavía hoy ese barco aparece y desaparece de los radares marinos.

—¡Qué miedo! —Gretta sintió un escalofrío—. ¿En serio quieres viajar ahí?

—Y también a esta isla —Sophie señaló otra chincheta—, que es donde se encuentra la Piedra del Destino.

—Ahí sí te acompañaría —pensó Gretta en voz alta.

—La leyenda cuenta que esa piedra se usaba en la coronación de reyes y otorga poderes mágicos a quien la posea —comentó Sophie—. Podríamos averiguar si es verdad viajando a las coordenadas:
N 53°34'
O 6° 37'.

—¿Sabes las coordenadas de memoria? —dijo Gretta.

—No, no. —Sophie movió la cabeza a los lados—. Si te acercas a las chinchetas, verás que llevan escritas las coordenadas con rotulador.

Gretta pegó la frente al corcho y las miró de cerca hasta que vio unas letras y unos números diminutos.

—¡Te ha tenido que costar mucho trabajo ponerlas! —reconoció Gretta el esfuerzo de su amiga—. Si yo tuviera algo así en mi habitación, me daría miedo que alguien me las descolocara.

—No tengo de qué preocuparme —aseguró Sophie mientras miraba los países—. Aquí no entra nadie y menos sin mi permiso.

Las dos chicas se quedaron en silencio mirando el mapa, hasta que Gretta reparó en una de las chinchetas. Su posición no le cuadraba nada con lo que Sophie le había contado: que las chinchetas marcaban lugares a los que quería viajar.

—¿Por qué hay una chincheta justo en Rennes? —preguntó Gretta—. No lo entiendo, ¿cómo es que quieres viajar aquí mismo? ¡Si ya estás!

—En este caso —Sophie guiñó un ojo—, la chincheta indica que en Rennes hay un caso sin resolver.

—¡Ahora lo entiendo! —Gretta se llevó la mano a la barbilla y dijo—: Y ese misterio tiene algo que ver con lo que me pones en tu última carta, ¿verdad?

—¡Eso es! El misterio de Rennes es el del sol y la luna. —Sophie juntó las manos en actitud de súplica—. Y juntas lo resolveremos, ¡quitaremos esa chincheta!

—Pero ¿cuál es ese misterio? Me tienes muy intrigada —reconoció Gretta.

—Pensaba contártelo mañana —le confesó Sophie—. Hace un momento te caías de sueño.

—Oh, no, no. —Gretta se frotó los ojos, la curiosidad era más fuerte que el cansancio—. Ahora ya estoy totalmente despejada.

—Está bien. Espera aquí. Será mejor que vaya sola para no levantar sospechas. Tal vez mi padre aún esté despierto —susurró Sophie, y salió de la habitación.

Gretta asintió con la cabeza, aunque la verdad era que no le hacía ninguna gracia quedarse sola en la habitación. Después de haber estado hablando de tantos misterios, todo la inquietaba y la ponía alerta.

Capítulo 11

Sol y luna

Gretta pegó la oreja a la puerta y pudo oír los pasos de Sophie que se alejaban en dirección a la escalera. Seguramente, pensó, se dirigía al piso de abajo.

Pero ¿qué había ido a buscar allí? En el piso de abajo estaba la cocina, el salón, el despacho de su madre, un trastero… ¿Qué relación tenían esas habitaciones con el misterio del sol y la luna?

Gretta estaba tan intrigada que todo el sueño y el cansancio acumulado por el viaje se le había esfumado de golpe. Regresó hasta su cama y, al mirar la hora en el despertador, resopló: ¡solo habían pasado tres minutos desde que Sophie había salido por la puerta! La espera se le estaba haciendo eterna, así que decidió hacer algo con lo que el tiempo se le pasaba volando: escribir en su diario.

Al abrir el cajón de la mesilla, la luz de la lamparita de noche parpadeó varias veces, creando extrañas sombras en las paredes.

Gretta sacó la libreta entusiasmada, pero apenas logró escribir las palabras *mapamundi, misterio, sol, luna*. Lo cierto era que no lograba concentrarse; ¡estaba muy impaciente por ver lo que su amiga había ido a buscar!

Al cabo de un rato, desde la penumbra, Gretta sintió que la puerta se abría y entraba Sophie. Se le hizo raro ver que su amiga arrastraba… ¿qué era aquello? Aguzó la vista.

¿Una escalera plegable? ¿Era eso lo que le quería enseñar? ¡Qué misterio más raro!

—Perdona la tardanza —susurró la francesa—. Me he cruzado con mi hermano, que justo llegaba a casa, y he tenido que disimular…

Sin decir nada más, Sophie fue hasta el armario, abrió una de las puertas y forzó la escalera para desplegarla.

—Coge lo que te voy a dar, ¿de acuerdo? —indicó Sophie desde lo alto de la escalera.

La francesa se puso de puntillas sobre el último peldaño y, haciendo un último esfuerzo, estiró el brazo todo lo que pudo. Paseó la mano por el estante más alto del armario hasta que, por fin, sus dedos dieron con lo que andaba buscado.

—¡Lo tengo! —aseguró y enseguida le dijo a Gretta—: Esto lleva meses aquí guardado. Se puede decir que te ha estado esperando.

En cuanto Gretta lo tuvo en sus manos, lo reconoció al instante: ¡un maletín!, ¡un maletín idéntico al que llevaba la madre de Sophie!

—Pero ¿dices que esto lleva meses aquí? —Gretta frunció el ceño—. No entiendo… ¿este no es el maletín que se ha llevado tu madre al viaje? ¿Cómo es posible que esté en tu armario?

—No, no, ¡este es mi maletín! —Sophie movió la cabeza hacia los lados rápidamente y todo el pelo se le puso por los ojos—. Me lo he comprado con mis ahorros. Quería uno igual que el que usa mi madre para sus investigaciones, pero este es para las mías.

—¡Ah, vale! Es muy bonito también. —Gretta lo tocó.

—Y mira —Sophie le señaló unas letras grabadas—, lleva mis iniciales.

—¡Anda, es verdad! El maletín de tu madre llevaba las iniciales «J. M.». —Recordó Gretta—. Y el tuyo lleva las iniciales «S. P.».

—Sophie Pumois —dijo muy orgullosa y guiñó un ojo antes de añadir—: Investigadora privada. Y nuestro primer caso será el misterio del sol y la luna.

—Pero si tu madre es investigadora, ¿por qué no está resuelto ya el caso del sol y la luna? —dudó Gretta.

—Porque nunca se ha interesado por este caso. —Sophie fue hasta su mesa de estudio y sacó una linterna de un cajón—. Pero nosotras, sí.

—¡Qué emocionante parece! —reconoció Gretta.

—Venga, será mejor que apaguemos la luz y que no hagamos ruido. —Se oyó el clic del interruptor—. Que parezca que estamos dormidas.

—Vale. —Gretta se sentó en la cama, junto a Sophie.

—¿Estás preparada para conocer la historia? —Sophie apoyó la linterna sobre la cama y un haz de luz recorrió la colcha.

—¡¡Claro, estoy deseando conocer el misterio!! —exclamó Gretta, ya sin pizca de sueño.

Con prisa, Sophie abrió el maletín y vació su contenido encima de la cama. Sobre la colcha, se desparramaron fotocopias de periódicos, papeles con notas y algún mapa.

De pronto, unos golpes en la ventana hicieron que Gretta se sobresaltara. Era como si una mano llamara desde el otro lado. Pero era imposible que hubiera alguien allí, ¡estaban en un quinto!

Sophie fue hasta la ventana. Al otro lado, un pájaro amarillo, con alas negras, gorjeaba y picoteaba el cristal, como pidiendo que le dejaran entrar.

—No te preocupes, es mi pajarito —le contó Sophie—. Viene todos los días a por unas migas de pan.

—¡Qué susto me ha dado! —reconoció Gretta.

—Pero hoy se me ha olvidado coger algo en la cena. Lo siento. —Sophie miró con pena al animal antes de cerrar la cortina.

—Mañana le traeremos ración doble. —Sonrió Gretta, pues le pareció muy bonito tener un pájaro sin jaula.

—Buena idea, sí. Ahora, sigamos. —Sophie volvió a sentarse encima de la cama—. Como has visto por la chincheta, este misterio está en Rennes.

—Sí, eso lo sabemos. —Gretta movió la mano en un gesto que daba a entender que fuera al grano.

—Verás, hace décadas, hubo un incendio a las afueras de la ciudad —continuó Sophie—. Y es con ese fuego con el que se inicia el misterio del sol y la luna.

—¿Qué tiene que ver el incendio con el sol y la luna? —preguntó Gretta, queriendo saber más—. ¿Dónde ocurrió exactamente?

—En este mapa está marcado el lugar donde se inició. —Sophie alumbró uno de los papeles con la linterna.

—En el sur de la ciudad, ¿no era ahí donde querías llevarme? —Gretta miró la zona afectada y pudo comprobar que era bastante—. Oh, vaya, el fuego se extendió mucho…

—Sí, fue devastador —asintió Sophie y le mostró otros datos—. Aquí lo puedes ver mejor.

—Pero ¿de dónde has sacado toda esta información? —Gretta miraba todos los documentos, asombrada.

Sophie había pasado los últimos seis meses recabando datos y, con esfuerzo, había logrado clasificar toda la información del suceso. Aquello no fue una tarea fácil, pero el empeño por querer encontrar la verdad había sido su gran motivación.

Pasó tardes organizándose y preparando un plan. Primero le preguntó a su madre, pero no sirvió de mucho. Entonces fue a la hemeroteca de la biblioteca de Rennes y allí encontró mucha información.

—En la biblioteca tuve que inventarme que estaba haciendo un trabajo para el colegio —le contó Sophie—. Por suerte, la bibliotecaria se lo creyó y me dejó hacer fotocopias.

—¡Menuda detective estás hecha! —dijo Gretta.

—Y en internet encontré una web con planos de ciudades, por décadas, y pude bajar un plano de Rennes de antes del incendio —añadió Sophie.

—¡¡Tienes un montón de datos!! —exclamó Gretta.

—Sí, pero necesitamos más pistas porque todavía no sé qué pasó exactamente. —Sophie chasqueó la lengua.

—¿Me dejas la linterna? —pidió Gretta, y enseguida comenzó a pasar papeles. En algunos se detenía y otros los apartaba, hasta que leyó en voz alta:

—«*El descuido de un carpintero pone en peligro a la ciudad de Rennes*». —Levantó la vista del papel y miró a Sophie—. Aquí dice que el incendio fue un descuido.

—Eso pone, sí —corroboró Sophie, que se sabía la noticia de memoria—. Que el fuego se originó en el taller de un carpintero muy pobre, por un despiste.

—¡Terrible! Pero no veo el misterio. Según parece, fue un descuido —dijo Gretta al terminar de leer toda la noticia.

—No me cuadra. —Sophie la miró fijamente—. Yo creo que alguien provocó el incendio. Pero necesitaríamos pruebas para demostrarlo.

Gretta paseó la linterna por la noticia hasta que dio con la fecha: diciembre de 1936. Por aquel entonces, ni ella ni Sophie habían nacido. La chica dudó: después de tanto tiempo, ¿habría todavía pruebas o se habrían borrado por el paso de los años?

—¿Por qué no te cuadra? —Gretta frunció el ceño.

—Por un objeto que se encontró en ese mismo lugar, tiempo después —aseguró la francesa.

—¿No habían revisado antes el lugar? —dudó Gretta.

—Sí, quitaron los escombros, pero esto estaba debajo del suelo. —Sophie encogió los ojos al decirlo.

—¡Qué intriga! —exclamó Gretta—. Cuéntamelo todo.

—Hace dos años, comenzaron unas obras en el lugar donde el humilde carpintero tenía su taller —se lanzó a explicar Sophie—. Y fue durante esas excavaciones cuando encontraron, enterrada, una pieza de oro que valía una fortuna.

—Pero ¿no has dicho que el carpintero era pobre? —le increpó Gretta—. ¿Cómo puede ser que tuviera tanto oro? ¿A nadie le llamó la atención este hecho?

—Ahí está la clave. Con ese oro el carpintero podría haber vivido como un rey. Por eso se llegó a la conclusión de que el pobre hombre vivía ajeno al tesoro que había en su taller… —le explicó Sophie.

—Tal vez tuvieran razón. Al fin y al cabo, tener un tesoro y no saberlo es como no tenerlo —dijo Gretta.

—Mi teoría es que ese hombre sí lo sabía. —Sophie apretó los labios mientras asentía.

—Pero si el pobre carpintero hubiera sabido que tenía ese tesoro, ¿no crees que habría vendido el oro para poder vivir mejor? —planteó Gretta.

—No. —Sophie fue tajante—. Fue él quien lo ocultó en ese escondite para que nadie lo encontrara.

—Entonces, ¿crees que alguien provocó el incendio para llevarse el oro? —Gretta siguió sus deducciones.

—Desde luego, solo tenía que esperar a que las llamas dejaran al descubierto la pieza —sopesó Sophie.

—Pero parece absurdo que el pobre carpintero la escondiera, ¿qué tiene esa pieza de oro que la hace tan especial? —planteó Gretta.

—Solo sabemos que tenía grabado un sol y una luna, pero no contenía ninguna inscripción más. —Sophie la miró muy seria.

—¿Tienes alguna fotografía? —Gretta empezó a buscar entre los papeles, quería ver el hallazgo con sus propios ojos.

—No, no tengo fotos —reconoció Sophie—. Pero podríamos ir a verla.

—¿Sabes dónde está? —Gretta se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación.

—A la gente que la encontró le pareció un objeto artístico y la llevaron al Museo de Arte —dijo Sophie.

—Vayamos al museo mañana mismo, ¿te parece? —opinó Gretta.

—Sí, pero por la mañana tenemos que ir al colegio. —Sophie comenzó a guardar todos los papeles en el maletín —. Tal vez por la tarde tengamos tiempo.

—Claro, primero tenemos que saber el horario del colegio —afirmó Gretta—, para poder organizarnos.

—Y para poder trazar un buen plan —sentenció Sophie —. Pero eso será mañana, ahora será mejor que nos vayamos a dormir.

Sophie le cogió la linterna y enfocó hacia el despertador para mirar la hora. Eran las dos de la mañana.

—Buenas noches, Gretta —dijo la francesa al tiempo que se metía dentro de la cama.

—Hasta mañana, Sophie —contestó Gretta.

Antes de quedarse dormida, Gretta apartó la cortina y miró la noche sobre Rennes. La luna llena alumbraba el horizonte y su luz caía sobre los tejados. La chica pensó cuántas cosas pasadas habían sucedido en aquellas calles.

Al poco rato, la fuerte respiración de Sophie se oyó por toda la habitación. Se había quedado dormida como un tronco. Gretta, sin embargo, estaba totalmente despejada. No paraba de pensar en el misterio…

La chica extendió la mano, sacó su diario del cajón y, bajo la luz de la luna llena, comenzó a escribir.

Al otro lado del cristal, el pequeño pajarillo de Sophie dormía en libertad, ajeno a todo.

Capítulo 12

Una cálida bienvenida

—¡Oh, no! —Sophie miró la hora—. ¡Gretta, despierta!

—¿¡Qué pasa!? —Gretta se sobresaltó—. ¿Dónde estoy?

Había dormido tan profundamente que le costó un rato darse cuenta de que estaba en Rennes, en la casa de Sophie.

—Mira, ¡el despertador está parado! —Sophie lo sacudió hacia los lados y se lo acercó a la oreja—. Se le ha debido de acabar la pila justo a esa hora.

—¿A las cuatro de la mañana? —Gretta se frotó los ojos antes de mirar el aparato.

—Sí, y ahora son ¡las ocho y cuarenta! —Sophie consultó la hora en su móvil—. Deberíamos haber puesto más de una alarma…

—¿Teníamos que estar a las nueve en clase? —Un poco agobiada, Gretta cayó en la cuenta de que solo tenían veinte minutos para llegar hasta el colegio.

—¡A las nueve en punto! —Sophie fue hasta el armario y revolvió las prendas, buscando algo para ponerse.

Gretta abrió su lado del armario y se dio prisa por vestirse. Luego fue al baño a peinarse. Trataba de darse toda la prisa del mundo, pero Sophie iba mucho más rápido que ella y, cuando se quiso dar cuenta, su amiga francesa

ya estaba trotando escaleras abajo.

—¡Tenemos que irnos! —chilló desde el piso de abajo.

—Ya voyyy —dijo Gretta, con la mochila en la mano.

La chica miró la mesilla. En el cajón estaba su querido diario. Dudó si llevárselo. Tal vez, pensó, podría ir escribiendo a ratos ese primer día en el colegio de las francesas. Acercó la mano para abrir el cajón, pero la voz de Sophie hizo que cambiara de planes.

—¡¡¡Correeee, Grettaaa!!! No te entretengas —volvió a chillar Sophie al pie de la escalera.

Gretta se dio la vuelta y abandonó la habitación. Ya tendría tiempo por la noche de escribirlo todo en su diario.

—Toma, nuestro desayuno. —Sophie le entregó un paquete de galletas que estaba a medias—. Guárdalas en tu mochila. Nos las comeremos en el bus.

Sophie cogió sus llaves y apartó a *Pantoufle* cariñosamente. Con las prisas, casi no les dio tiempo de despedirse del padre, ni del hermano de Sophie.

—¡Adiós, llegamos muy tarde! —dijo Sophie antes de cerrar la puerta.

Las chicas salieron tan rápido del edificio que el portero se quedó con el buenos días en la boca mientras una ráfaga de viento levantaba la hoja de su sopa de letras. Pero el hombre, sin darle más importancia, se retorció el bigote y siguió a lo suyo, dudando si realmente había pasado un vecino o había corrientes de aire en el edificio.

Ya en la calle, Sophie hizo señas a Gretta para que la siguiera. Giró a la derecha por la primera intersección y corrió hacia la parada del autobús. La francesa era rápida como una liebre y a Gretta le costaba seguirla.

—¡Corre! Acaba de llegar el bus —chilló Sophie.

En cuanto Gretta vio que el bus estaba en la parada, se puso bien la mochila y, haciendo un último esfuerzo, alcanzó a su amiga.

—¡Por favor, señor, dese mucha prisa! ¡¡Que llegamos tarde!! —le increpó Sophie al conductor del bus mientras pagaba los dos billetes.

Pero el hombre lo único que hizo fue darle los cambios con lentitud y negar con la cabeza: cada mañana oía aquello de la boca de decenas de pasajeros perezosos, que todavía tenían la cara surcada por las arrugas de las sábanas y del sueño.

Cuando por fin llegaron a su destino, Gretta se quedó maravillada ante el precioso edificio del colegio.

—Parece un palacio —susurró mirando hacia arriba, hacia las torres más altas.

El recinto del colegio estaba rodeado por una verja, que tenía una puerta de hierro. Al atravesarla, Gretta leyó «*Bienvenue!*» en una colorida pancarta atada a las ramas de dos altos árboles.

—¡Vamoooosss! —Sophie le estiró de la camiseta—. Se oye gente en el patio. Creo que hemos tenido suerte: aún no han entrado en clase y no habrán pasado lista.

Un poco más allá, varias mesas contenían un delicioso desayuno de bienvenida. Había gran variedad de pasteles, frutas, leche, tazas con chocolate; un delicioso *buffet* para chuparse los dedos.

Aquello había sido idea de la profesora de español del colegio de las francesas. Una mujer baja, algo rechoncha y aficionada a la ropa con lunares, que se hacía llamar señorita Rosa, aunque en realidad se llamaba *Mademoiselle* Roselle. Ella había sido también la responsable del intercambio de cartas.

Gretta miró las mesas rebosantes de galletas rellenas de mermelada y recordó que aún tenía el paquete de galletas que le había dado Sophie. Metió la mano en la mochila y comprobó que estaba llena de migajas.

—Esto no sirve ni para dárselo a tu pajarillo —aseguró Gretta mientras se sacudía una mano con la otra.

—¡Ja, ja, ja! Podemos intentar dárselas esta noche —rio Sophie—. Venga, ahora desayunemos como es debido.

Las dos chicas fueron hasta el lugar donde se servían los chocolates. Estaba casi al final de las mesas, junto a las profesoras.

Gretta distinguió la boina de *Mademoiselle* Juliette y a una señorita que no conocía y que llevaba una camiseta de lunares con exagerados volantes y unos pendientes enormes de aros que se veían desde lejos. Las dos comían muy animadamente.

Gretta contuvo el aliento y, al pasar junto a la de Francés, miró al suelo, intentando pasar desapercibida. Temía que la profesora se enfadara si se daba cuenta de que había llegado tarde. En más de una ocasión, les había dicho que llegar tarde y hacer esperar a los demás era una grave falta de respeto.

Así que Gretta pasó por su lado sigilosa como un gato. Pero aunque hubiera pasado como un elefante, la de Francés no la habría visto: estaba totalmente absorta en el desayuno. Solo tenía ojos para su *Pain au chocolat*, que comía a pellizcos. A cada bocado exclamaba un « *délicieux C'est*
», al tiempo que se limpiaba la boca, muy finamente, con el extremo de una servilleta.

Gretta extendió la mano para recoger la bebida que una simpática cocinera le ofrecía. Al probarlo, notó su delicioso sabor. Estaba tan sabroso que ni siquiera la presencia de Olivia logró amargarla.

—¡Querida Gretta! —exclamó Olivia—. Justo te estaba esperando —mintió y la miró de arriba a abajo, pensando lo poco conjuntada que iba.

—Hola, Olivia. —Gretta sonrió.

En el fondo se alegraba de que Olivia estuviera amable y hubiera dejado a un lado sus desplantes y sus malos modales. Tal vez, estaba cambiando, pensó.

Lo que Gretta no sospechaba era que Olivia actuaba en su propio interés y lo único que quería saber era el secreto de su éxito, para poder imitarla y pasar a ser ella la persona con la que todo el mundo deseaba estar.

Pero también había otra cosa que empujaba a Olivia a intentar ser amable. Un hecho del que no era consciente, pero que le producía tristeza al ver a cualquier grupo de amigas: ella se sentía sola.

Aunque era cierto que pasaba la mayor parte del tiempo con Jolie, la soledad que sentía la jefa de «las brujas» no era una soledad física. Era algo más profundo.

Era como si dentro de su corazón tuviera una muralla que la separaba del resto de la gente. Un muro de falsas apariencias que ella misma había construido con ladrillos de envidia, arrogancia y cero empatía.

—¿Quieres una tostada? —Olivia cogió una con desgana y se la ofreció a Gretta.

Aunque estaba haciendo todo lo posible por ser amable, aquello le costaba horrores… era algo demasiado nuevo para ella.

Antes de que Gretta pudiera contestar, aparecieron sus amigas acompañadas por Amelie, Anne Marie, Giselle y Geraldine.

—¡Por fin has llegado, Gretta! —Paula la saludó feliz.

Al poco rato, Gretta se vio rodeada por una muralla, esta vez de amistad, que dejaba al otro lado a Olivia y a su tostada.

—Justo ahora te íbamos a llamar por teléfono —añadió María—. Como no venías, empezábamos a preocuparnos.

—Eso, ¿qué te ha pasado? —Celia la interrogó.

—El despertador no ha sonado. —Gretta puso cara de apuro—. Ni siquiera hemos podido desayunar en casa.

—Pues llegas al sitio perfecto. Todo lo que hay en este *buffet* está riquísimo —le dijo Amelie mientras le entregaba

un zumo de naranja.

—Prueba estos *macarrons* —le ofreció Blanca—, están deliciosos. Como he llegado la primera me ha dado tiempo de probarlo todo y te aseguró que son insuperables.

Enseguida Gretta se vio arropada por todas sus amigas, que bromeaban y reían felices de estar juntas.

De vez en cuando, Olivia se ponía de puntillas, tratando de ver qué hacía Gretta, cuál era el motivo de tanta felicidad, qué estaba pasando al otro lado de los muros de la amistad, de la amabilidad real, de la empatía.

La chica apretó la boca: volvía a sentir mucha envidia de Gretta. Tendría que poner en marcha rápidamente un plan que la llevara a averiguar el secreto de su éxito.

Dando un par de empujones, Olivia se metió en el círculo. Al menos, se dedicaría a observar bien todo, a escuchar con atención cada palabra, cada gesto…

—Seguro que esos *macarrons* están mejor que las galletas chafadas de tu mochila. —Rio Sophie.

Gretta abrió la mochila y sacó el paquete estrujado.

—Oh, no, ahora me doy cuenta… ¿llevas tu diario ahí dentro? —dijo Sophie asomándose al interior de la mochila —. Espero que no se haya manchado.

—Tranquila, con las prisas no me ha dado tiempo de coger el diario —aseguró Gretta.

Olivia, que estaba escuchando la conversación, repitió para sus adentros la palabra «diario». Gretta no lo llevaba con ella y la oportunidad de averiguar el secreto de su éxito había llegado…

—Por cierto, Gretta —Olivia las interrumpió—, como vivimos muy cerca, podríamos quedar hoy, ¿te parece?

—Bue, bueno —balbuceó Gretta, un poco extrañada de la propuesta.

Paula, a su lado, le dio un codazo y la miró a los ojos mientras movía ligeramente la cabeza para que le dijera

que no.

—Yo vivo en la casa de Jolie, que está en la *Rue du Pré*, 8. Y tú, en la de Sophie, que si no me equivoco está en la ¿*Rue de la Font*? —dijo Olivia rápidamente una dirección errónea para que Gretta se viera en la obligación de corregirla.

—Oh, no, no —fue Sophie la que la sacó de su error—: Mi casa está en la *Rue des Loges*, 7. Estamos muy cerca, sí.

—Pues quedaremos, ¿vale? —Olivia sonrió de lado, acababa de obtener una información muy valiosa.

Disimuladamente, sacó su móvil y escribió en su aplicación para guardar notas: «*Rue des Loges, 7*».

Capítulo 13

Un paso más

A la media hora y cuando ya todo el mundo tenía la barriga llena, un potente pitido se oyó por todo el patio. El sonido fue tan fuerte que incluso los cristales de las ventanas vibraron.

—¿Qué es eso? —Gretta miró hacia todos los lados creyendo que era una alarma que anunciaba un peligro.

—Es el timbre del colegio —contestó Sophie—. Hora de ir a clase.

—¡¡Atención, atención!! —La señorita Rosa se estiró los pomposos volantes de su camiseta antes de decir—: El desayuno de bienvenida ha terminado, es hora de pasar al aula.

—Querida Rosa, estaba todo delicioso. —*Mademoiselle* Juliette la cogió del brazo—. Otro día os deleitaremos con un desayuno típico de nuestro país, ¿te parece?

—Oh, *oui, oui* —dijo la señorita Rosa, que era de buen comer.

La señorita se paró un momento y se giró hacia los alumnos.

—Por favor, los nuevos estad atentos —les pidió—. Este colegio es un poco lioso: hay pasillos por todas partes, cámaras subterráneas y caminos que no llevan a ningún sitio.

—Ufff, sí, parece un colegio encantado. —Sophie miró a Gretta mientras asentía.

—Así que, por favor, seguidme. Que nadie se pierda —acabó diciendo la señorita Rosa sin soltar el brazo de *Mademoiselle* Juliette.

El colegio de las francesas ocupaba un edificio antiguo rodeado de jardines. Se creía que, en tiempos remotos, había sido una abadía. Pero tampoco se sabía seguro. Lo que sí estaba claro era que el lugar invitaba a perderse y eso que, aparentemente, parecía un sitio ordenado. Sin embargo, tenía sus puertas secretas y sus corredores subterráneos, así como todo tipo de habitaciones inútiles.

Después de atravesar un anfiteatro y entrar en un edificio, atravesaron el comedor. De ahí siguieron caminando en fila de uno por un estrecho pasillo.

—Ya casi hemos llegado a mi clase. —Sophie se giró para avisar a Gretta.

Al poco rato, llegaron al aula donde la señorita Rosa explicaría en qué iba a consistir el curso de verano. Ya junto a la pizarra, la mujer se puso los dedos en la boca y quiso llamar la atención de los alumnos.

—¡¡FUUUU!! —Silbó hasta que se puso roja como un tomate—. Sentaos y dejad vuestras cosas en el cajón que hay debajo de los pupitres.

Los alumnos se sentaron y colocaron en el cajón todo tipo de cosas: cuadernos, estuches, magdalenas del *buffet* envueltas en servilletas, una piedra del patio… Mientras tanto, la señorita Rosa se dedicó a regar, con una botella de agua que llevaba en el bolso, las plantas que tenía sobre su mesa.

—Coged un par de sillas y poneros a mi lado —les indicó a Ada y a *Mademoiselle* Juliette—. Voy a comenzar a hablar. —Apartó un bote con lapiceros y se dio impulso para sentarse sobre la mesa.

La señorita Rosa prefirió sentarse junto a sus plantas,

como si ella misma fuera una maceta más.

—Lo primero quiero daros las gracias… —comenzó así un aburrido y largo discurso.

Después de resaltar la importancia de la actividad del intercambio de cartas, y lo mucho que les había servido para afianzar el idioma, anunció que era hora de dar un paso más.

—¡Un paso más! —De un salto, la señorita Rosa se puso de pie y continuó hablando—: Porque la mejor forma de aprender un idioma es practicándolo —asintió muy convencida—. Por eso, vais a participar del día a día en Rennes, pero no aquí en la clase —señaló en derredor—, sino al otro lado de los muros del colegio: en la propia vida de la ciudad.

Un murmullo llenó el aula, todos estaban impacientes por saber a qué se refería.

—Ufff, eso suena difícil. —Celia resopló y enseguida sacó de su bolsillo el listado de las palabras en francés.

De repente le había entrado mucho apuro y eso que, el día anterior, todo había ido muy bien. Incluso la madre de Anne Marie las había llevado a una de las visitas turísticas que dirigía, y Celia no había tenido que mirar el diccionario en toda la tarde.

—Tranquila, Celia, no te estreses —le dijo Blanca, que estaba sentada a su lado.

La señorita Rosa silbó otra vez con fuerza y les hizo un gesto a Celia y a Blanca para que se callaran. A Blanca le dio mucho apuro que le llamaran la atención y se fue encogiendo en la silla poco a poco, hasta que solo asomaba la cabeza por encima de la mesa.

—Qué haces, pero sal de ahí —le susurró Celia mientras le tiraba de la manga de la camiseta.

—La actividad la haréis por las tardes —aclaró por fin—, junto a vuestros compañeros de correspondencia.

—Bueno, mucho mejor si es con alguien —comentó Celia

en voz muy baja mientras volvía a guardar el arrugado papel de las palabras.

—Vuestros compañeros de correspondencia no estarán aquí, en clase, por las mañanas —continuó explicando la señorita Rosa—, pero deberán acudir al colegio después de la comida. Una vez os encontréis en el patio, pasaré lista y podréis abandonar el colegio, siempre de dos en dos, para ir juntos a hacer la actividad.

—¿Qué será? —Blanca, que ya había adoptado su posición normal, miró muy intrigada a Celia.

—La actividad consistirá en un voluntariado —dijo la señorita Rosa—. Ahora, prestad atención, os voy a decir cuál os ha tocado a cada pareja.

La señorita de español buscó, entre los muchos papeles que había sobre su mesa, un listado con los nombres y el voluntariado asignado. Mientras tanto, los alumnos se impacientaban, llenando el aula de murmullos.

Fue Rosaura la que se atrevió a preguntar.

—Perdone. —Levantó la mano para hablar—. ¿Nos podría decir cuál es el horario exacto?

Gretta miró a Sophie, les iba a venir muy bien despejar esa duda, pues ellas tenían otros planes para las tardes y esperaban tener tiempo libre para su investigación.

—*Oui, oui*. —La señorita asintió tan fuerte con la cabeza que sus pendientes de aro se movieron a los lados como si fueran columpios.

—Lo iré apuntando en la pizarra —dijo *Mademoiselle* Juliette, que se aburría sin hacer nada.

—Los alumnos de intercambio tenéis que estar a las 9:00 en el colegio —dijo la señorita Rosa—. De 9 a 11 habrá clase. De 11 a 11.30 tendréis un recreo y de 11.30 a 13:30, nuevamente clases. —La de Francés escribía en la pizarra a toda pastilla—. De 13:30 a 14:30 será la comida en el colegio, y a las 14.45 vuestros compañeros de voluntariado deben estar en el patio para iros juntos.

—¿A las nueve? —Se oyó protestar a alguien—. ¿No puede ser un poco más tarde? Me gustaría tener tiempo libre por las mañanas. —Ocultó que en realidad quería dormir hasta las tantas.

El aula se llenó de risas.

—Es buena hora para comenzar el día —respondió la señorita Rosa—. Tendréis tiempo libre después del voluntariado y el fin de semana.

Olivia se puso en pie, tosió exageradamente y, después de asegurarse de que todo el mundo la miraba, comenzó a hablar.

—Perdone, ¿cuál es mi voluntariado?, ¿dónde tengo que ir? —dijo mirando de reojo a todo el mundo.

—Sí, ahora mismo os lo digo. Si eres tan amable de volver a sentarte, por favor —le pidió la señorita Rosa con el listado en la mano—. A ver, ¿tú cómo te llamas?

—Mi nombre es Olivia —dijo y se sentó mientras se ahuecaba su esponjoso peinado.

—A ver, a ver… —La señorita paseaba el dedo por el papel—. Ah, sí, aquí te tengo: Olivia y Jolie. Vuestro voluntariado es en el Centro de Estudios Animales, en la sección de veterinaria. Allí haréis cosas como cuidar a los animales, sacar a pasear perros y promover el respeto hacia la naturaleza.

—Oh, no… ¿en serio vamos a tener que sacar a pasear perros pulgosos? —dijo Olivia en un susurro, pero nadie la oyó. Aquello no le había gustado nada.

Las amigas de la casa del árbol aguardaban impacientes su turno. Estaban deseando saber qué voluntariado les había tocado.

—Blanca y Giselle daréis clases de baile a niños pequeños —les anunció la señorita Rosa.

—Pero ¡¿cómo?! —Blanca miró aterrada a Giselle—. ¡Yo no tengo ni idea de bailar! —le dijo sin aclarar que lo que realmente le pasaba era que le daba mucha vergüenza.

—No te preocupes, yo te enseñaré. —Sonrió Giselle, que era experta bailarina de *ballet* y también se había apuntado a clases de danza moderna.

La señorita Rosa continuó con el listado.

—Celia junto a Anne Marie —buscó con la mirada a su alumna— iréis a la residencia de ancianos. Allí os indicarán qué hacer.

Después de anunciar que Erik junto a Simon irían a una reserva forestal, que Rosaura junto con Agathe ayudarían en tareas de restauración de un edificio, y que Marco con Paul irían a un centro de reciclado, la señorita Rosa acabó por aclarar qué les había tocado al resto de las amigas de la casa del árbol.

—María con Geraldine os toca despachar en la tienda de caridad. Tendréis que clasificar las cosas donadas y atender a los compradores. —Localizó a Geraldine, y la chica levantó el pulgar.

—¡Qué bien! Nos ha tocado un voluntariado que parece muy divertido, ¿no? —María se entusiasmó—. Igual en la tienda de caridad hay ropas exóticas y podemos disfrazarnos mientras atendemos a los clientes, ¿te parece?

—¡Silencio! —La señorita mandó callar—. Paula y Amelie iréis a la Biblioteca Municipal. Atenderéis el mostrador, ordenaréis los libros y participaréis en actividades de fomento de la lectura.

—Puaff, qué rollo, en la biblioteca… —susurró Paula—. Nos podía haber tocado algo con más acción.

—Gretta y Sophie os toca el Museo de Arte —dijo la señorita, y buscó con la mirada a su alumna.

Sophie abrió los ojos de par en par, ¡no se lo podía creer! Justo estaban deseando visitar ese lugar para poder ver la pieza del sol y la luna. ¡La investigación comenzaba con buen pie!

—Mañana a las nueve empezaremos las clases y, después de la comida, cada alumno deberá incorporarse a

su trabajo de voluntario —resumió la señorita Rosa—. Ah, y más adelante os iré contando otras actividades. Tenemos previsto que nos confirmen un viaje en barco por el río, ir al museo de las ciencias y alguna actividad más.

—Mañana empieza todo: nos ha tocado el museo. —Sophie le apretó el brazo a Gretta en un gesto de complicidad.

En ese momento tomó la palabra Ada que, muy animada, habló a todos los alumnos.

—Y ahora os dejamos tiempo libre hasta las dos. —Ada miró su reloj—. Podéis ir al patio a jugar o a charlar con los compañeros.

—Cualquier cosa menos salir del recinto —añadió la señorita Rosa levantando el dedo índice.

«¿Menos salir del recinto?», pensaba Olivia contenta de saber que había llegado su momento…

—Chicas —les dijo a las amigas de la casa del árbol una vez que estuvieron en el patio—, ¿os parece que juguemos al escondite?

Gretta sonrió. Sí, parecía que Olivia se estaba volviendo maja, pensó, y fue rápida en contestar.

—¡Genial! —Miró al resto de sus amigas asintiendo—. Venga, cuento yo, y las demás os escondéis.

—Oh, será muy divertido. —María miró alrededor entusiasmada—. Este sitio está lleno de lugares donde será imposible que nos encuentren.

—¡Y tanto! —exclamó Sophie—. La última vez que jugamos al escondite tardamos una hora en encontrar a todo el mundo.

«Una hora»… se repetía Olivia para sus adentros.

A Paula le extrañó la propuesta de Olivia. No se fiaba de ella, pero tampoco lograba imaginar a qué podía corresponderse ese interés por jugar al escondite.

—Venga, Paula, que empiezo a contar. —Gretta la sacó

de sus pensamientos.

—Bueno, vale. No es mi juego favorito, pero si todas queréis… —puntualizó mientras buscaba el escondite perfecto.

—¡Empiezo! —Gretta se tapó los ojos—: Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

Olivia se frotó las manos. Habían picado el anzuelo. Se dio media vuelta y salió del colegio.

—Volveré antes de una hora —susurró mientras cruzaba la verja como una fugitiva.

Capítulo 14

Ding-dong

Olivia activó el temporizador de cuenta atrás de su móvil.

60 minutos.

Ese era el plazo que tenía para no levantar sospechas. Rápidamente, escribió «*Rue des Loges, 7, Rennes*» en la aplicación de los mapas.

Un camino azul se dibujó sobre el mapa. Lo primero que tenía que hacer era coger el autobús. La chica caminaba contenta, sonriendo, felicitándose para sus adentros por el astuto plan que había tramado.

Sin embargo, al poco rato, la cara de Olivia se tensó. Tenía un pequeño problema: a pesar de conocer la dirección exacta, no sabía en qué piso estaba la casa de Sophie. Tal vez, se dijo, podría mirarlo en los buzones.

La chica no quería perder tiempo en divagaciones, lo importante era darse prisa. No debía sobrepasar esa hora de juego que, según las francesas, se tardaba en encontrar a la gente por todo su colegio.

55 minutos.

El autobús se detuvo con un frenazo en la parada del colegio emitiendo un desagradable ruido. Olivia se tapó los oídos y subió veloz como una pantera. Pagó su billete y se colocó en la puerta trasera, preparada para salir la primera

en cuanto llegara a su destino.

50 minutos.

La puerta del bus se abrió, y Olivia salió como un cohete. Según la aplicación de su móvil, para llegar hasta la calle de Sophie, debía caminar unos metros y luego girar a la derecha en la catedral.

El recorrido no le parecía complicado, pero sí bastante molesto. A cada rato, Olivia se veía obligada a hacerse hueco entre la gente y a pedir permiso para poder avanzar. A esas horas, la calle estaba llena de turistas que se aglomeraban para mirar los puestos de *souvenirs* y eso ¡la estaba poniendo de mal humor!

45 minutos.

Después de rodear a un grupo de turistas, esquivar tres cochecitos de bebés y saltar a un perro salchicha, Olivia llegó hasta el número *7 de Rue des Loges*. La chica se quedó mirando la puerta de entrada. Era de madera y parecía bastante vieja y descuidada.

Olivia sintió un poco de aprensión al imaginar que la puerta estaría llena de pequeños bichos que subirían por su mano en cuanto intentara abrirla. Pero todos sus miedos se le pasaron cuando un educado vecino, que salía del edificio en ese momento, le sujetó la puerta para que pasara.

La chica sonrió. Parecía que todo jugaba a su favor.

Una vez dentro, la luz era escasa y tuvo que esperar unos segundos para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra.

Fue entonces cuando vio que estaba en un estrecho pasillo que conducía hasta la escalera. Al lado de la escalera, en una de las paredes, estaban los buzones, todos apelotonados, como una concurrida colmena de abejas.

Los ojos de Olivia brillaron de ilusión. La chica se plantó frente a los buzones y comenzó a leer los nombres de los vecinos.

Sin embargo, ¡Sophie no estaba por ningún sitio! Entonces cayó en la cuenta: seguramente solo estaban los datos de sus padres, pero ¡tampoco sabía el apellido!

¡¿Qué podía hacer ahora?! Se repetía mentalmente mientras le entraban ganas de tirarse de los pelos. ¿En serio todo aquel plan se iba a ir al traste por un simple apellido?

Una tos a sus espaldas la sacó de sus pensamientos.

40 minutos.

El portero levantó la vista de sus pasatiempos y la miró frunciendo el entrecejo. ¿Qué hacía allí esa desconocida?, parecía preguntarse. Después de toser un par de veces, levantó la voz para preguntarle qué buscaba.

Olivia se giró y, nerviosa, trató de improvisar algo creíble. No quería que ese hombre la tomara por una intrusa, tal vez por una ladrona…

—Soy amiga de Sophie —dijo en un francés muy básico —. Perdone si no hablo bien su idioma, pero es que estoy de intercambio —Olivia hablaba despacio, tratando de ganar tiempo para ver si se le ocurría algo.

—Ah sí, las chiquillas del viaje —resumió el hombre.

—Sí, eso es —dijo Olivia—. He venido porque a mi amiga se le ha olvidado el móvil y me ha pedido que venga yo a buscarlo. —Fue lo primero que se le ocurrió.

—Pues, adelante. —El portero señaló las escaleras.

—¿Dónde está el ascensor? —Olivia miró primero los empinados escalones y después buscó el elevador.

—Aquí no hay sitio para lujos —aseguró el portero, que dentro de la portería se sentía como en una lata de sardinas—. ¿Vas o no vas a casa de tu amiga? —Volvió a preguntarle a Olivia, que se había quedado parada al pie de la escalera.

—Sí, sí, ya voy. —La chica puso un pie en el primer peldaño—. Solo es que… no recuerdo si mi amiga me dijo

que vive en el tercero o en el segundo. Tengo un poco de mala memoria.

—En el quinto —aseguró el portero antes de volver a su sopa de letras.

35 minutos.

Olivia llegó al quinto piso casi sin aliento y, después de mirar las puertas a derecha e izquierda, llamó al timbre de una, al azar. Antes, sacó de su bolso el frasco de bruma de jazmín y se rocío el pelo.

«Ding, dong», se oyó y, acto seguido, un perro comenzó a ladrar. Se oyeron también unos pasos y un cerrojo descorrerse. Cuando la puerta se abrió, Alex apareció al otro lado.

—Buenos días, vengo de parte de mi amiga Gretta. —Olivia puso su mejor cara—. Me ha pedido que le coja el móvil. Se le ha olvidado en casa —mintió una vez más—. ¿Lo has visto por aquí? —Asomó la cabeza por la puerta.

—Umm, lo buscaré. Pero pasa, pasa. —El chico se rascó la cabeza—. ¿Cómo es el móvil? —preguntó mientras levantaba los cojines del sofá.

Al chico no le extrañó que fuera otra persona quien viniera a por el móvil. Su hermana a veces lo hacía, mandar a alguna de sus amigas a por cosas, ¡menudo morro tenía!

—E-es… u-uno… de-de… los más…
nor-norma-normales,
sí —tartamudeaba Olivia.

En ese momento, no recordaba el modelo ni la marca del móvil de Gretta, pero estaba segura de que tendría que ser de los más básicos. No como ella, pensó para sus adentros, que siempre había tenido móviles último modelo.

Alex la miró de reojo, pensando la poca información que le daba, pero continuó buscando. Buscó por la cocina y por el recibidor mientras Olivia esperaba de pie, en una esquina del pasillo.

—Aquí no está —acabó por decir Alex—. Ya solo queda mirar en la habitación. —Señaló el techo con el dedo—. Es en la planta de arriba.

—Oh, si quieres, voy yo —propuso Olivia haciéndose la amable—. No quiero quitarte más tiempo.

—Por mí, genial. —A Alex lo último que le apetecía era mirar las cosas de su hermana, seguro que luego se enfadaba si había algo descolocado—. ¡Ah, por cierto!, deja todo tal cual lo veas, que si no, ¡bronca al canto!

30 minutos.

Olivia subió la escalera de caracol. Abrió varias puertas: la del aseo, la de un armario empotrado, la del dormitorio de Alex (eso dedujo por la decoración). ¿Cuál era la habitación de Sophie?

Solo le quedaba por mirar la puerta del fondo del pasillo. ¡Ese era el cuarto que buscaba!, se dijo en cuanto vio, encima de un enorme corcho, el nombre de Sophie en letras brillantes.

—Qué feo —murmuró mientras recorría la habitación con la mirada—. ¿Qué son estas chinchetas?

Olivia quitó una de color rojo y, después de mirarla, volvió a clavarla en el mapa.

—Qué bobada de mapa. —Se alejó del corcho y volvió a su misión—. ¿Dónde estará el diario?

25 minutos.

Olivia buscó por la estantería, dentro del armario y debajo de una de las camas. ¿¡Qué era eso!? ¿Un maletín escondido? Comenzó a sacar cosas de su interior: un plano, papeles… ¡Qué misterioso parecía!

La chica estuvo tentada de llevárselo, pero al final desistió: no le cabía en el bolso. Además, se dijo, no debía perder más tiempo, ¡aún tenía que encontrar el diario! Rápidamente, volvió a guardarlo todo en el maletín.

20 minutos.

—¿Has encontrado ya el móvil? ¡¡¡Tengo que irmeee!!! —chilló Alex desde el piso de abajo.

—Oh, sí, ¡¡¡ya voyyy!!! —Olivia empujó el maletín con el pie para volverlo a dejar debajo de la cama—. Bajo en dos minutos. ¡Prometido!

La chica empleó a fondo esos dos minutos. Ya había pocos lugares donde poder mirar. Con rapidez, y también con esperanza, abrió los cajones de la mesa de estudio de Sophie y los de la cómoda… pero ¡ni rastro del diario!

15 minutos.

Olivia estaba empezando a desesperarse. Llegó incluso a pensar que tendría que marcharse de allí sin el diario.

Abatida, se sentó en una de las camas.

—Si yo fuera Gretta, ¿dónde guardaría el diario? —se preguntó en voz alta.

Sus ojos recorrieron la habitación hasta que se posaron en el despertador.

—¡Ajá! —Dio una palmada y rápidamente abrió el cajón de la mesilla.

Allí, dentro, estaba lo que buscaba.

La cara de Olivia se encendió de codicia al leer: «Diario de Gretta».

Lo metió en su bolso y bajó las escaleras.

—Ya he encontrado el móvil —le mintió a Alex—. ¡Hasta luego!

Olivia salió del edificio a toda pastilla, deshizo el camino y subió al autobús.

10 minutos.

Tenía diez minutos exactos para llegar al colegio y buscar un sitio donde esconderse. De esta manera, parecería que había estado allí durante toda esa hora que, según decían las francesas, les podía costar encontrar a todo el mundo en el juego del escondite.

5 minutos.

Olivia se introdujo como una lagartija por la verja del colegio y se agachó detrás de uno de los setos del jardín. Había escuchado a lo lejos la voz de Paula y del resto de gente que, suponía, ya había sido pillada en el juego.

Ahora tenía que ser rápida en encontrar un sitio lejos de la entrada, de lo contrario, podría levantar sospechas. La chica estaba feliz: en el bolso llevaba el diario de Gretta y, con él, la esperanza de saber el secreto de su éxito. Secreto que pensaba quedarse para ella sola.

Entusiasmada con la idea de que a partir de entonces ella iba a ser el centro de todas las reuniones, de todas las sonrisas y de todas las chicas, Olivia se escabulló desde la entrada hasta los jardines que había en la parte de atrás del colegio.

Allí encontró una caseta.

Seguramente, pensó Olivia, era ahí donde guardaban los aparejos para cuidar los setos. Un buen sitio para esconderse.

3 minutos.

Olivia pausó el temporizador justo antes de que la puerta del cobertizo se abriera.

—Quizá no he revisado bien —le iba diciendo Gretta a Paula—. Volveré a mirar.

—¡¡¡Vaya, me has descubierto!!! —exclamó Olivia divertida y también aliviada de poder abandonar ese cobertizo lleno de telas de araña.

—¡¡Pillada!! —Gretta la agarró por el brazo y la sacó fuera.

—¿Estabas ahí? —Rio María—. Yo también elegí este escondite, pero me pilló enseguida. No entiendo cómo a ti no te ha visto. —La miró con admiración—. Será porque eres muy buena jugando al escondite.

Paula entornó los ojos y miró a Celia. Las dos chicas

estaban pensando lo mismo: lo que menos le hacía falta a Olivia para engordar su ego era que alguien le dijera que era buena en algo, bastante creída era ya.

—Enhorabuena: has ganado —le dijo Gretta.

—Y eso me dará algún privilegio, supongo —contestó Olivia tratando de sacar provecho de todo aquello—. Y elijo que durante un día estéis todas a mis órdenes.

—¿A tus órdenes? De qué vas —protestó Paula—. Qué pretendes, ¿mandar sobre nosotras? ¡Nunca!

—Ni lo sueñes. —Celia se cruzó de brazos.

Gretta se había quedado extrañada de la contestación de Olivia. ¿De verdad pretendía sacar algo de haber ganado en un juego? Eso solo tenía un nombre: manipulación.

Hasta ese momento, pensaba que Olivia estaba cambiando, que estaba haciendo esfuerzos por integrarse. Eso le había parecido la tarde anterior, en el parque, y también durante el desayuno de bienvenida. Pero ahora se daba cuenta de que el juego de la manipulación seguía siendo el favorito de Olivia.

Gretta, decepcionada, bajó la mirada al suelo y negó con la cabeza. Esa chica la tenía muy desconcertada. A veces resultaba amable, otras veces… no. Quizá Paula estuviera en lo cierto cuando aseguraba que Olivia nunca cambiaría, acabó por pensar dando del tema por zanjado.

—Mujer, Paula, ¿me crees capaz de algo así? No te lo tomes todo tan en serio. —Olivia, al ver que nadie apoyaba su idea, cambió de táctica—. Era una broma —dijo finalmente, tratando de dejar a Paula como una exagerada —. Cómo voy a pretender que me obedezcáis, ¡ja, ja, ja!

Paula estaba a punto de explotar, pero en ese momento, la campana avisando de que era la hora de comer sonó, y Gretta cogió a su amiga del brazo para que se fueran al comedor. Era el único día que comerían con las francesas: a partir del día siguiente, ellas vendrían más tarde al colegio para, después, ir juntas al voluntariado.

Olivia se reunió con Jolie y pusieron rumbo al comedor. La jefa de «las brujas» iba apretando el bolso contra sí y maquinando la manera de poder leer el diario cuanto antes.

—No me encuentro muy bien —le dijo a Jolie después de comer—. Creo que me ha sentado algo mal. No estoy acostumbrada a la comida francesa.

—Oh, vaya, pues se lo diremos a la señorita Rosa y nos vamos a mi casa, ¿te parece? —le propuso Jolie—. Allí podrás recostarte si quieres o mi madre te llevará al médico.

—Sí, me recostaré un rato, creo que así se me pasará. —Olivia se tocó la frente con dramatismo—. Qué pena no poder empezar hoy con el voluntariado, lo siento —mintió poniendo cara de enferma.

—Bueno, no pasa nada, lo importante es que te recuperes. —Jolie la miró con preocupación.

Capítulo 15

Cara o cruz en el museo

Sin saber que su diario viajaba en el bolso de Olivia, Gretta puso rumbo al Museo de Arte.

—¡No me puedo creer que justo nos haya tocado este voluntariado! —se emocionó Gretta antes de entrar en el edificio—. Hemos tenido mucha suerte.

—Sí, y hoy mismo podremos ver la pieza del sol y la luna. —Sophie sonrió al imaginarlo—. Solo hay un problema. —Miró hacia lo alto del edificio—. El museo es muy grande, y no sabemos en qué sala está. Debemos evitar preguntarlo directamente, no deberíamos mostrar un especial interés.

—Entonces lo averiguaremos nosotras —contestó Gretta muy segura mientras se dirigía a la recepción.

Detrás del mostrador, una mujer joven las recibió con su mejor sonrisa. En uno de sus dientes, un pequeño diamante en forma de sol brilló con fuerza al saludarlas.

—Venimos de parte de la señorita Rosa, por lo del voluntariado —le explicó Sophie sin dejar de pensar que aquel diminuto sol parecía una señal de que iban por el buen camino.

—¡Ah!, sois vosotras —contestó la sonriente mujer mientras dejaba a un lado el ratón de su ordenador—. Entonces ya puedo irme a tomar un café. —Se giró hacia el respaldo de la silla y cogió su bolso—. No tardaré nada.

Mientras tanto, atended a los turistas que vengan.

Antes de levantarse, la mujer abrió un cajón y sacó un montón de folletos.

—Le dais uno de estos a cada visitante, para que se orienten. ¡Ah!, y si quieren una audioguía —señaló una máquina expendedora—, se compran ahí.

—De acuerdo —asentía Sophie tratando de memorizar las instrucciones—, eso les diremos.

—¡Ah!, y otra cosa —dijo levantando el dedo índice—. Apuntad aquí de dónde vienen. —Les endosó un cuaderno de visitas—. Es muy importante para nuestros registros internos y para hacer estadísticas.

—Descuide, eso haremos —respondió Gretta, cogiendo el grueso tomo entre sus manos.

—Pero, sobre todo, no dejéis la recepción vacía. —Sonrió, y el sol de su diente brilló con fuerza—. No os podéis marchar. Al menos, hasta que yo vuelva.

La mujer recogió todas sus cosas, se levantó y se fue.

—Tengo la corazonada de que no va a volver en un buen rato —dijo Gretta mientras la veía alejarse—. ¿Te has fijado? Ha cogido el bono del autobús que tenía sobre la mesa. Parece que el café se lo va a tomar un poco lejos…

—Pues mejor, así podemos ir tranquilas a ver la pieza del sol y la luna —afirmó Sophie.

—Pero ya has oído lo que ha dicho: no podemos dejar este puesto vacío —le recordó Gretta.

—En ese caso, una de nosotras tendrá que recorrer el museo sola. —Sophie sacó una moneda de su bolsillo—. ¿Lo echamos a suertes? Elige: cara o cruz.

—Me pido cruz —dijo Gretta.

Una moneda de euro voló por los aires, subió hasta el techo y cayó girando sobre sí misma. Clink, clink, clink. Sophie se agachó para mirar el resultado.

—Suerte, Gretta —señaló la moneda—, te ha tocado la

misión de encontrar el sol y la luna.

—Pero ¿por dónde empiezo? —Gretta miró alrededor un poco agobiada—. Esto es enorme, tendremos que averiguar su localización…

—Tal vez el museo tiene un archivo general donde pone en qué lugar está cada obra de arte. —Sophie se sentó en el sitio de la recepcionista, frente al ordenador.

—Es posible, sí —asintió Gretta.

Sophie movió el ratón del ordenador, y la pantalla se encendió. Gretta se asomó para poder mirarla bien.

—Ahí hay una carpeta llamada «Catálogo General». —Gretta señaló la pantalla.

—La abriré. —Sophie hizo doble clic sobre ella.

—¿Seguro? —dudó Gretta mirando hacia los lados—. No me parece bien mirar cosas ajenas…

Pero antes de que Sophie pudiera escucharla, la carpeta estaba abierta y mostraba su contenido: multitud de documentos que hacían referencia a todos los objetos y obras de arte que había en el museo.

—Buscaremos aquí. —Sophie movió ahora el ratón hasta una subcarpeta que decía—: «Obras clasificadas según material».

—¿¿Obras según material?? ¿A qué se refiere? —Gretta frunció el ceño.

—Se referirá al material del que están hechas las obras de arte: mármol, piedra… oro —dijo Sophie haciendo clic en la subcarpeta.

—¡Entiendo! —Gretta se acercó aún más a la pantalla.

La subcarpeta contenía un documento excel que Sophie no tardó en abrir. Después de leer detenidamente varias filas y columnas, llegó hasta la palabra «oro».

—¡¡¡Lo tenemos, Gretta!!! —se entusiasmó Sophie.

—¡Rápido! —la apremió Gretta—, consulta dónde está.

—La pieza está en —Sophie siguió con la mirada la fila del excel y dijo—: En el Gabinete de Curiosidades.

Acto seguido, Gretta cogió un folleto y lo desplegó. El mapa del museo apareció ante sus ojos.

—A ver, a ver… —Gretta consultaba el mapa—. Gabinete de Curiosidades. ¡Lo tengo! Planta segunda, sala C —dijo estudiando el camino por el que ir—. ¡Hasta pronto, Sophie!

Como si fuera una turista más, Gretta se adentró en el museo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por no quedarse mirando los cuadros, ni admirando las esculturas. Todas las obras de arte llamaban su atención, pero debía cumplir su misión de encontrar la pieza del sol y la luna.

Después de atravesar varias salas llenas de gente y subir al segundo piso, llegó a una enorme puerta de la que colgaba un cartel y que estaba marcada con una letra «C» de color plateado.

—«Gabinete de Curiosidades» —leyó Gretta en voz baja.

Sigilosa, la chica se asomó y comprobó que la sala estaba vacía. Al cerrar la puerta tras de sí, el chirrido de los goznes, como el grito de un águila, le produjo un escalofrío.

Gretta paseó su mirada por las vitrinas de madera. En su interior había colecciones de lo más extrañas. Cosas que jamás había visto: joyeros de madera de sándalo que guardaban pequeños dragones, estuches con rollos caligrafiados en miniatura, un nautilo en cuya concha se apreciaban multitud de dibujos grabados…

Gretta pensó que en aquel lugar no solo se guardaban cosas raras, sino también cosas que no se sabía muy bien para qué servían. Como tampoco se sabía la utilidad de la pieza de oro que, bajo un foco, brillaba ahora ante la atenta mirada de la chica.

—¡¡Es preciosa!! —La reconoció emocionada y, al instante, olvidó el resto de objetos de la sala.

Un haz de luz caía suavemente sobre la pieza, acariciando el sol y la luna que, tallados en el oro,

guardaban un secreto, un misterio por desvelar.

Gretta leyó el cartel que acompañaba a la pieza: «Objeto encontrado en las excavaciones de la *Rue de Lumière*. Antigua carpintería de principios del siglo XX. La pieza sobrevivió en perfecto estado a un incendio, sin mostrar ni un solo signo de deterioro».

Gretta asentía, todo eso lo sabía por los datos que había recabado Sophie.

Volvió a leer el cartel, luego volvió a mirar la pieza. Se había quedado medio hipnotizada: aquel trozo de oro transmitía mucho misterio. No paraba de preguntarse, una y otra vez, por el significado del sol y la luna, y también por su dueño. ¿Quién fue ese carpintero?

Unos pasos a su espalda la sacaron de sus pensamientos. El Gabinete de Curiosidades comenzó a llenarse de turistas.

Rápidamente, Gretta sacó su móvil e hizo una foto. Su amiga Sophie tenía que ver aquello. Tal vez, esa noche, cuando llegaran a casa, podrían ampliarla en el ordenador de Sophie para ver bien todos los detalles.

Capítulo 16

El poder de las palabras

Olivia convenció a la madre de Jolie de que no hacía falta ir al médico.

—Muchas gracias, pero se preocupe, de verdad. Con un poco de reposo se me pasará —le aseguró la chica.

Jolie la acompañó a su habitación.

—Si necesitas algo, pídemelo —dijo Jolie antes de irse—. Ahora descansa. Luego vendré a ver cómo sigues.

—No hace falta que estés pendiente. En cuanto esté mejor, yo misma me levantaré —contestó Olivia, que lo que menos quería era que la interrumpieran.

Jolie cerró la puerta, y Olivia sacó el diario de su bolso. Estaba tan impaciente y nerviosa que comenzó a sentir en el estómago el mismo dolor que estaba fingiendo.

El hecho de tener en sus manos el cuaderno donde Gretta guardaba sus secretos la llenaba de ansiedad y también de insana esperanza: la ilusión de poder ser como ella, de gustar a todo el mundo.

De solo pensarlo, la jefa de «las brujas» comenzaba a sentirse poderosa. Todavía no entendía que, en la amistad, no existe el poder sino la igualdad, la empatía y el compañerismo, y que jamás nadie está por encima de nadie.

Olivia se quitó los zapatos, se recostó en la cama y puso

la almohada en el cabecero para apoyar la espalda. Flexionó las rodillas y abrió el diario. Pese a toda su ilusión, a Olivia enseguida le entró pereza.

—¿Todo esto tengo que leer? —murmuraba mientras pasaba las páginas al azar—. ¿No habrá un resumen por algún sitio?

Enseguida unas frases subrayadas llamaron su atención. Olivia paseó el dedo por las palabras, pensando que estaba ante un gran hallazgo. Pero enseguida se encogió de hombros, decepcionada. Le parecían frases sosas, que no comprendía.

La luz de la amistad es capaz de alumbrar
hasta los momentos más oscuros.

—Pero si estas frases están subrayadas —se decía—, debe de ser porque son muy importantes. Será que guardan un gran poder. ¡Me las aprenderé!

Las frases hacían referencia a la amistad verdadera, a la confianza y a la superación. Temas que a Olivia le quedaban un poco grandes.

La amistad es una orquesta. Si hay un
instrumento desafinado o roto, la melodía
sonará fatal.

La envidia es porque no confías en ti misma.

Olivia las repitió varias veces, dispuesta a aprendérselas. Seguramente, pensó, eran las típicas cosas que Gretta decía en sus conversaciones, y que a la gente le resultaban de lo más interesantes. La chica se frotó las manos: ahora eran suyas, y pensaba hacer lo mismo: las usaría en sus conversaciones.

Cuando continuó pasando las páginas, se topó con un extenso párrafo. Le llamó la atención no porque estuviera

subrayado sino porque, en los márgenes de la hoja, había dibujadas caritas sonrientes. Como carcajadas dentro del propio papel. Y no era para menos: en esa hoja, Gretta contaba una divertida anécdota que le había pasado hacía unos meses, por un despiste de su madre. Al terminar de leerla, Olivia se tapó la boca con las dos manos, para reprimir la risa.

Fue en ese momento cuando oyó unos pasos acercarse hasta su habitación. Sin perder un segundo, escondió el diario debajo de las sábanas.

—Te traigo una manzanilla. —Jolie le acercó una taza humeante—. Mi madre dice que te sentará bien.

Ante la amenaza de tenerse que tomar aquello, Olivia se levantó con brío de la cama.

—Pues justo te iba a decir que ya estoy perfectamente —aseguró—. Descansar me ha sentado de maravilla.

—Me alegro mucho —sonrió Jolie—. La verdad es que estaba muy preocupada por ti.

—Lo entiendo —Olivia trató de que su voz sonara dulce al decir—: La amistad es una orquesta. Si hay un instrumento desafinado o roto, la melodía sonará fatal.

Jolie se la quedó mirando mientras asentía, ¡qué gran verdad!

Capítulo 17

Descubrimiento

Eran las nueve de la tarde cuando Sophie y Gretta llegaron a casa. Habían estado toda la tarde en el Museo de Arte y habían atendido a más de cien turistas.

La encargada de su voluntariado, la joven del brillo en el diente y la eterna sonrisa, había aparecido justo antes de cerrar, sin darles ninguna explicación de su larga ausencia. Las chicas no se atrevieron a preguntarle, pero dudaron si aquella mujer haría lo mismo todas las tardes y las dejaría solas en la recepción del museo.

—Eso sería realmente agotador —comentó Sophie mientras sacaba la llave de su casa y abría la puerta.

Al menos esa tarde lo había sido, y ahora estaban deseando cenar para irse a la buhardilla a descansar.

—Oh, ya estáis aquí. —El padre de Sophie se asomó desde a cocina—. Pensaba que al final tendría que cenar yo solo. —Se estiró el delantal.

—¡Hola, papá! —Sophie se acercó y le dio un abrazo—. Umm, ¡qué bien huele!

—Hoy he cocinado *quiche*. —El padre abrió el horno, y una deliciosa nube de vapor inundó la cocina.

Después de sacar la cena del horno, cortó el *quiche* y lo puso en los platos, junto con un poco de ensalada. Mientras tanto, las chicas colocaban el mantel sobre la mesa, junto

con los vasos, las servilletas y una jarra con agua fresca.

—Podemos empezar. —El padre se sentó junto a ellas.

—¿No esperamos a Alex? —preguntó Gretta, recordando que en su familia solían cenar todos juntos—. Le he puesto aquí su plato.

—Oh, no, no. —El padre retiró el plato y los cubiertos sobrantes—. Me ha llamado diciendo que no le esperemos. Ha salido y no cenará con nosotros.

—Para variar… —comentó Sophie pensando que cada vez era más difícil cenar con su hermano.

Después de cenar, a Gretta le apetecía escribir. Había sido un día de grandes descubrimientos y tenía muchas cosas que contar. Se sentó en la cama, pero cuando estaba a punto de abrir el cajón de la mesilla, Sophie la interrumpió.

—Gretta, sigamos con la investigación. —Sophie se sentó frente al ordenador—. Envíame la foto al correo.

—Sí, ahora mismo. —Gretta apartó la mano del cajón y cogió su teléfono. Abrió la galería y envió la foto.

Sophie apretó el botón de encendido del ordenador y una procesión de ruidos llenó la habitación. Parecía como si dentro de aquel aparato viviera un pueblo entero de ruidosos duendes, cuya tarea era hacer funcionar la vieja máquina.

—¡¡Qué lento es este ordenador!! —se quejó Sophie—, era de mi madre y me lo dio porque ya no le servía… sobra decir el motivo.

Al hablar de su madre, Sophie se puso triste. Pero, al poco rato, pensó en la sorpresa que le darían cuando volviera de su viaje, y toda la tristeza se le fue de un plumazo. En cuanto le contaran que habían descifrado un misterio, su madre se daría cuenta de lo buena investigadora que era y le pediría que le acompañara en sus futuros viajes.

—¿Ya has abierto el correo? —dijo Gretta, sacando a

Sophie de sus pensamientos.

El perezoso ordenador mostró, por fin, la pantalla de inicio. Sophie fue directa al icono del navegador web para entrar en su correo.

—¡La tengo! —Sophie abrió la imagen, y la enigmática pieza apareció ante sus ojos—. Ohhh, es preciosa…

—Al natural aún es más bonita. —Gretta asintió—. Anda, amplía la imagen y miremos bien los detalles.

—¡¡Hala!! —Sophie señaló algo en la pantalla—. ¿Has visto esto?

Había ampliado la imagen al máximo y ahora se podía apreciar un detalle que a simple vista pasaba desapercibido.

—¡¡Increíble!! Eso no lo vi en el museo —dijo Gretta al reparar en el detalle—. ¡¡Dentro del sol grande hay una luna en miniatura!!

—¡Y dentro de la luna en grande hay un sol en pequeñito! —Sophie abrió los ojos como platos—. Me encanta ese detalle, aunque es muy raro…

—El Gabinete de Curiosidades estaba lleno de objetos rarísimos. —Gretta recordó un pergamino con letras que no pertenecían a ningún alfabeto conocido—. Igual estos grabados tienen un significado oculto.

—Bien pensado. —Sophie se levantó de la silla y caminó por la habitación—. Puede que la pieza de oro tenga un mensaje en clave. O podría ser un emblema.

—¿Un emblema? —preguntó Gretta.

—Sí, un distintivo que represente a una persona, una asociación, un negocio… —explicó Sophie.

—Ah, ya entiendo. —Gretta pensó en el logotipo de la furgoneta de los helados de la madre de María, que representaba su negocio.

—Por ejemplo, las letras que tengo en mi maletín representan mi nombre —siguió explicando Sophie—. Y, al

igual que solo yo sé lo que significa la marca en mi maletín, solo el dueño de la pieza de oro conocía su significado.

—Entonces, ¿crees que el carpintero pertenecía a una organización cuyo emblema era el sol y la luna? —se le ocurrió a Gretta.

—Así dicho… suena muy extraño. —Sophie movió la cabeza hacia los lados—. ¿Una valiosísima pieza de oro para representar a una asociación de carpinteros?

—Es raro, sí. Lo lógico es que, siendo carpinteros, la hubieran hecho de madera. Lo que parece seguro es que el sol y la luna tienen un significado oculto —acabó por decir Gretta.

—Y eso es precisamente lo que tenemos que averiguar. —Sophie asintió varias veces con la cabeza antes de decir —: Qué significa el sol y la luna.

Las dos chicas se quedaron un rato en silencio, pensando qué podrían hacer para desvelar el significado de aquel intrigante grabado.

—Ya sé —Sophie se abalanzó sobre el teclado del ordenador—, escribiré en el buscador de internet: «significado de pieza de oro con grabado de sol y luna».

—Sí, probemos, tal vez por ahí encontremos algo. — Ilusionada, Gretta se asomó a la pantalla.

—Vaya, solo salen piezas de joyería —comentó Sophie, decepcionada.

Las chicas hicieron otras búsquedas más, pero nada de lo que encontraban en la web logró arrojar luz acerca del significado de aquella misteriosa pieza.

—Está claro que en internet no hay información de este tema —acabó por reconocer Sophie.

—Ya, es que no todo está en internet —comentó Gretta recordando las palabras de su padre—. Y aunque esté, podría ser información falsa —puntualizó.

—Cierto… —Sophie torció la boca—. Tendremos que

pensar otro plan.

—¡Ya sé! —Gretta dio una palmada de ilusión—. ¿Y si hacemos como los buenos detectives?

—¿A qué te refieres? —Sophie la miró intrigada.

—¡¡A interrogar a algún testigo del incendio!! —exclamó Gretta como si fuera obvio.

—¿Crees que todavía vivirá algún testigo de aquel incendio? —Sophie dudó—. Fue hace muchos años…

—A lo mejor sí. —Gretta hizo cuentas mentalmente—. Aunque, si aún hay alguien, debería ser muy muy anciano. ¿Dónde encontrarlo? —se encogió de hombros y levantó las palmas de las manos antes de decir—: Eso ya no lo sé.

—¿Y si vamos a la residencia de ancianos? —propuso Sophie—. Tal vez allí encontremos algún testigo.

—Buena idea. Además, a Celia le ha tocado hacer el voluntariado allí. —Gretta se entusiasmó al pensar en su amiga—. Le pediremos ayuda. Si todavía hay algún testigo de lo sucedido, la residencia de ancianos será un buen lugar para encontrarlo.

Unos ruidos en el cristal de la ventana llamaron la atención de las chicas. Gretta se sobresaltó un poco, pero enseguida Sophie la tranquilizó.

—Debe de ser el pajarito. —Sophie se acercó a la ventana y descorrió la cortina—. ¿Todavía llevas en la mochila las migas de galleta de esta mañana?

Gretta se quedó pensativa ante las palabras «esta mañana». Le parecía como si hubiera pasado una eternidad desde que se despertaron.

La chica cogió su mochila, le dio la vuelta y la sacudió para vaciar sobre su mano un montón de trozos de galleta.

—Se las daré. —Abrió la ventana y las dejó caer en el alféizar—. Toma, aquí tienes tu cena, pajarito.

El animalito emitió un trino, como un diminuto gracias, y paseó su pico por las migas de galleta.

—Y, mientras él cena, nosotras tenemos que irnos a dormir. —Sophie miró la hora—. Se nos ha hecho muy tarde.

—Pondré la alarma de mi móvil para que no nos vuelva a pasar lo de esta mañana… —dijo Gretta—. No me gusta levantarme con prisas.

En ese momento, Gretta no se dio cuenta, pero al volver hasta su cama pisó uno de los pétalos de la rosa que había guardado en su diario y que, por un motivo que aún desconocía, había acabado en el suelo.

Capítulo 18

Sentir un vacío

Sophie se despertó pensando que faltaba menos de una semana para que su madre regresara del viaje. Si quería demostrarle que ella y Gretta habían resuelto un caso con éxito, debían darse prisa por descifrar el misterio.

De un salto, la chica se levantó de la cama. Desayunaría rápido y dedicaría la mañana a repasar las pistas, mientras Gretta estaba en clase.

—¡¡Vamooos, arriba!! —Sophie la zarandeó.

A Gretta, sin embargo, le costó más despertarse. Para que abriera los ojos, Sophie le puso el despertador en la oreja, pero Gretta lo único que hizo fue darse la vuelta, ponerse la almohada alrededor de la cabeza y pedir «cinco minutitos más».

—Iré preparando el desayuno para las dos —acabó por decir Sophie—. Te espero abajo, ¿vale?

—Vale, yo enseguida bajaré —contestó Gretta entre sueños.

—¡¡Pero date prisa, que el tiempo es oro!! —Se oyó la voz de Sophie, que ya trotaba escaleras abajo.

Gretta se desperezó. Torpemente hizo la cama, se aseó y se vistió. Luego, cogió la mochila y metió lo necesario para esa mañana en el colegio: unas hojas de papel, el estuche, el monedero…

—¡Ah!, de hoy no pasa que escribo en mi diario —pensó en voz alta y se frotó los ojos.

La chica se dirigió hacia la mesilla. Iba tan contenta como si se fuera a encontrar con un viejo amigo al que no veía desde hacía tiempo. Sin embargo, la sonrisa se le borró de repente cuando introdujo la mano y comprobó ¡que el cajón estaba vacío!

—¿¡Cómo!? ¡¡No puede ser!! —Tanteó el hueco una vez más—. Pero si yo lo dejé aquí… Y ahora, ¡mi diario ha desaparecido!

Gretta cerró el cajón y miró nerviosa hacia todos los lados. Tal vez, comenzó a dudar, no lo había guardado en el cajón. Tal vez se le cayó debajo de la cama. O quién sabe si al final lo guardó en el armario, pensaba. La chica iba de un lado a otro de la habitación, buscando su diario desesperadamente. ¡Incluso miró en el alféizar de la ventana!

Que su diario no estuviera por ningún sitio le pareció aún más raro que todo lo que había visto el día anterior en el Gabinete de Curiosidades. La diferencia era que los extraños objetos del museo le habían arrancado una sonrisa y ahora estaba al borde del llanto. La chica se pasó la mano por los ojos e intentó serenarse. Debía pensar con lógica.

Sin embargo, cada deducción que hacía le gustaba menos: el diario no podía haber abandonado el cajón por su cuenta, y eso solo podía significar que alguien lo había cogido. Obviamente, ese alguien debía tener acceso a la habitación.

Gretta recordó las palabras de Sophie: «puedes dejarlo en el cajón, en mi habitación nunca entra nadie», «no te preocupes aquí está seguro». Y, ese recuerdo, en lugar de tranquilizarla, hizo que Gretta sintiera un gran vacío en su interior. Porque si nadie entraba ahí, eso solo podía significar que la persona que había cogido el diario… ¡era Sophie!

Gretta quiso apartar este pensamiento y negó con la cabeza tan fuerte que incluso le dolió el cuello. La chica se puso la mano tratando de aliviar el dolor, pero lo que más le dolía era pensar en la traición de Sophie. ¿No era su amiga de verdad?, se preguntaba Gretta para sus adentros.

—No ha podido ser ella. —Se tapó la cara con las dos manos mientras trataba de tranquilizarse—. ¿Por qué iba Sophie a coger el diario?

Al mismo tiempo que Gretta pensaba que Sophie no había sido, otro pensamiento se colaba en su mente, como si fuera un duende malvado. Atormentándola, daba saltos en su cabeza insistiendo en su culpabilidad: solo puede ser ella, solo ella sabía donde estaba…

—¡¡¡Grettaaa!!! —Sophie la llamó desde el piso de abajo —. ¡¡Baja ya, que el desayuno está listo!!

—Voy, voy —Gretta carraspeó y contestó con voz grave, tratando de disimular su tristeza.

Respiró profundamente y, con la mochila a los hombros, comenzó a bajar las escaleras. Cada escalón que bajaba lo tenía más claro. Haría lo que siempre había hecho: afrontaría la verdad, aunque doliera.

Y le dolía mucho pensar que no podía confiar en Sophie. Sentía una gran decepción en su corazón, pero aún le quedaba una esperanza: tal vez el diario estaba en el colegio.

Pudiera ser que el día anterior, al final sí se lo hubiera llevado y, con los nervios y las prisas, lo había olvidado en el pupitre. Ese otro pensamiento fue como una bocanada de aire fresco. Gretta se sintió con la ligereza que da la esperanza. Sí, miraría bien en el colegio antes de acusar a su amiga.

—¿Te pasa algo, Gretta? —le preguntó Sophie cuando la vio aparecer por la cocina.

—Oh, nada, nada —disimuló—, es solo que tengo mucho sueño.

—Pues venga, desayuna bien para coger energías. —Sophie señaló unas tostadas—. Te recuerdo que hoy tienes un día movido: ir a clase, el voluntariado, intentar localizar un testigo… —enumeró—. Mira, te he preparado el almuerzo. —Le entregó un bocadillo.

Gretta cogió el bocadillo. El papel de aluminio todavía estaba calentito, y sintió una sensación muy agradable en su mano. Le reconfortó pensar que Sophie se preocupaba por ella.

—Muchas gracias —Gretta lo metió en la mochila y añadió—: Es verdad que nos espera un día muy largo. —Apretó la boca en un intento de sonrisa.

—Como he madrugado mucho, me ha dado tiempo de hacer un montón de cosas. Y de pensar otras tantas —Sophie no paraba de hablar.

—¿Qué has pensado? —dijo Gretta mientras untaba mantequilla en la tostada.

—Pues que como tenemos que ir a la residencia de ancianos y tu amiga Celia está haciendo allí el voluntariado —Sophie le acerco la mermelada y un cuchillo—, creo que deberías antes hablar con ella y explicarle nuestra investigación. De lo contrario, no entenderá nuestro interés por visitar la residencia.

—Buena idea —Gretta untó la mermelada, a la vez que la desconfianza cruzaba su mente como un rayo: ¿habría madrugado tanto Sophie también para leer su diario?

—Tenemos que aprovechar bien el tiempo —aseguró la francesa.

—Estás en todo, no se te escapa una —Gretta trató de dejar a un lado sus pensamientos de desconfianza y añadió —: Oye, ¿y si la llamo ahora por teléfono y se lo voy diciendo? Luego en clase habrá mucha gente.

—Sí, mejor, ahora podrás hablar más tranquila. —Sophie acercó su silla hacia la de Gretta para no perderse la conversación.

Gretta abrió su mochila y, después de quedarse mirando el hueco donde debía de estar el diario, hizo de tripas corazón y sacó su móvil.

—¡Hola, Celia! Soy yo, Gretta —le dijo, y escuchar la voz de su amiga al otro lado del teléfono le devolvió la sonrisa.

—¡¡Gretta!! Qué alegría escucharte —exclamó Celia—. Pero ¿por qué me llamas?, ¿no vas a ir al colegio hoy? Podemos hablar allí.

—Hay algo que tengo que contarte en privado —aseguró Gretta bajo la atenta mirada de Sophie—. Verás, Sophie y yo estamos haciendo una investigación y necesitamos tu ayuda.

—¡¡Halaaa!! ¡¡Una investigación!! —Celia, a la que últimamente le chiflaban los casos de detectives, quiso saber más—. Dime, ¿en qué os puedo ayudar?

Gretta le contó todo lo que sabía acerca de la misteriosa pieza del sol y la luna que, a su vez, guardaba un sol y una luna en miniatura. Le explicó lo del incendio en el taller de un carpintero y cómo habían llegado a la conclusión de que necesitaban más pistas para averiguar el significado.

—Parece una auténtica historia de detectives. —Celia se empujó las gafas mientras asentía.

—La cuestión es que esto pasó hace mucho tiempo, en el año 1936. Y tenemos que encontrar un testigo, pero no sabemos si habrá alguno. Hemos pensado que, tal vez, en la residencia de ancianos todavía puede haber alguien de aquel entonces… —Gretta miró a Sophie antes de preguntar —: ¿Crees que podríamos ir esta tarde?

—¡Claro! —contestó Celia, que estaba deseando ayudar —. Anne Marie y yo estaremos allí hasta las ocho.

—¡Genial! Adiós Celia. —Gretta colgó el teléfono.

—Y bien, ¿podemos ir a la residencia esta tarde? — Sophie estaba impaciente.

—Sí, cuando queramos. Me ha contado que hay gente muy mayor. Tal vez tengamos suerte —dijo Gretta—. Pero

tendremos que ir antes de las ocho.

—Vaya, a esa hora es cuando acabamos nosotras en el museo. —Sophie se quedó pensativa y comenzó a preocuparse—. No nos va a dar tiempo. Tenemos al menos un cuarto de hora andando hasta la residencia.

—Bueno, ya se nos ocurrirá algo, ¿vale? —Gretta la vio tan preocupada que intentó tranquilizarla—. No nos dejemos llevar por el pesimismo.

—Gracias, Gretta, amiga. —Sophie la abrazó de pura felicidad—. Tienes razón, intentemos no perder la esperanza. Seguro que encontramos un testigo.

Gretta asintió mientras pensaba que ella lo que deseaba era llegar al colegio y encontrar allí su diario. No soportaba la idea de que su amistad con Sophie hubiera sido una mentira.

Capítulo 19

En el colegio

Gretta entró en el aula y cruzó los dedos. Con la mirada, localizó el pupitre que había ocupado el día anterior. Por suerte, todavía estaba vacío.

—A ver, por favor. —La señorita Rosa movió los brazos hacia arriba y hacia abajo, como un guardia de tráfico—. Nos sentamos… —Asintió exageradamente y los pendientes de aro bailaron en sus orejas.

—*Bonjour*, señorita Rosa. —Se oía cada vez que un alumno entraba en clase.

—*Bonjour*, queridos alumnos. Hoy daremos el tema uno de gramática y haremos los ejercicios correspondientes. —La señorita repartió un librito de francés a cada alumno—. Id sacando vuestros bolígrafos, que empezamos ya mismo.

Gretta le dio las gracias a la profesora cuando le dejó en la mesa el libro de francés. Aunque su pensamiento estaba puesto en encontrar su diario, se apresuró por sacar su estuche dispuesta a no perderse la clase.

—A las once tendréis el recreo. —La señorita Rosa cogió una de las tizas mientras seguía hablando—: Finalizaremos la mañana con la clase de redacción. Comeréis aquí y luego cada uno se irá a su voluntariado —dijo mientras escribía algo en la pizarra.

En cuanto la señorita se giró, Gretta, con disimulo, se agachó para mirar el cajón de debajo del pupitre. Sin

embargo, aquello estaba tan oscuro que no logró ver nada, así que se dedicó a pasear la mano por dentro, con la esperanza de toparse con su diario.

La decepción fue creciendo conforme sacaba el contenido del cajón: un trozo de goma rota, un lapicero mordido, un papel arrugado… pero ni rastro de su diario.

Sin poder evitarlo, una lágrima rodó por su mejilla. Gretta se apresuró a secársela, no quería que nadie la viera así. Lloraba por su diario, pero también por Sophie. ¿Cómo era posible que su amiga francesa le hubiera quitado algo tan importante para ella?, pensaba una y otra vez.

Tratando de serenarse, comenzó a hacer un pequeño dibujo en la esquina de una de las hojas del librito. Dibujó a Sophie y a ella hablando y aclarándolo todo.

Sí, se dijo Gretta para sus adentros, ahora solo podía hacer una cosa: hablar con Sophie. Tal vez, la francesa le pediría perdón por haberle cogido el diario. Igual ya estaba tan arrepentida que, cuando llegara a casa, lo habría devuelto a su sitio, se imaginaba.

A la hora del recreo, Gretta cogió el bocadillo y se juntó con sus amigas. Aunque que eran su mayor apoyo y siempre le habían ayudado, decidió que, de momento, no les contaría nada. Primero tenía que saber, por boca de Sophie, qué era lo que había pasado.

Además, todas estaban ansiosas por contarse cosas, ¡no paraban de hablar de sus respectivos voluntariados!

—Os aseguró que fue uno de los momentos más bochornosos de mi vida —dijo Blanca llevándose las manos a las mejillas—. Pero al final lo pude hacer ¡bailé delante de veinte niños! Aunque reconozco que, en ese momento, hubiera deseado tener a alguien que hiciera de mí.

—¡Ja, ja, ja! —rio Celia—. Estaría genial tener un doble que hiciera por nosotras las cosas que más nos cuesta hacer —reconoció—. Aunque a mí me ha encantado conocer a los ancianos de la residencia, ¡son tan sabios!

—Blanca, yo hubiera hecho de ti con mucho gusto —habló Paula—. Podríamos habernos intercambiado los trabajos. Tú habrías disfrutado en la biblioteca más que yo. ¡Casi me duermo colocando los libros en las estanterías!

—¡Chicas!, tenéis que venir a mi tienda y comprar algún regalito. —María estaba entusiasmada—. Hay cosas muy bonitas y, además, todo lo que se recauda va destinado a obras de caridad.

—Me encantará ir —aseguró Gretta—. Además creo que no está muy lejos del museo.

—Como a cinco minutos. —Calculó María.

—Hablando de minutos, las clases van a empezar enseguida. —Gretta miró el reloj—. Voy al servicio antes de que suene el timbre.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Paula apurando el almuerzo.

—No hace falta, mejor acaba tranquila el bocadillo. —Gretta se dirigió hacia los aseos.

Mientras estaba en el baño, Gretta oyó a dos personas cuchicheando. La chica aguzó el oído y enseguida pudo distinguir la voz de Olivia, que hablaba con ¿Bea? Le sorprendió que estuviera de confidencias con ella… ¿Habrían coincidido de camino a los lavabos o sería que Olivia quería captar a una de las nuevas amigas de Camila?

—¿Y sabés lo que le dije? —Olivia puso voz dulce al añadir—: *Que la luz de la amistad es capaz de alumbrar hasta los más oscuros momentos*.

—Ohhh, qué bonito —respondió Bea y repitió—: La luz de la amistad…

Gretta miró la puerta del baño con el ceño fruncido: ¿era cierto lo que acababa de oír? Esa frase… esa frase… ¡era suya! Ella misma la había inventado después de una reflexión acerca de la amistad y el apoyo mutuo. ¿Cómo era posible que Olivia la hubiera pensado también?

A no ser que… Gretta se rascó la cabeza, pensativa, a no

ser que Olivia la hubiera leído en su diario.

La chica trató de hacer memoria. Recordaba dos momentos en los que había estado escribiendo en su diario con Olivia cerca. Una fue en el viaje en tren a Rennes y la otra, en el jardín botánico. ¿Tal vez la había leído entonces de pasada?

Desde luego, seguía pensando Gretta, si la había leído de pasada y recodaba la frase palabra por palabra, Olivia tenía muy buena memoria, y no era eso lo que había demostrado durante todo el curso en los exámenes.

Entonces, siguió pensando Gretta, ¿habría sido ella la que le había quitado el diario? Esta última deducción arrojaba un nuevo interrogante: ¿cómo había logrado entrar en la habitación de Sophie? ¿Quién le había dado permiso?

Gretta recordó que no era la primera vez que Olivia se colaba en un sitio ajeno sin permiso. Como cuando se coló en la casa del árbol. Pero ahora era diferente: ¿cómo habría logrado entrar en casa de Sophie? Ni siquiera entrando por la ventana, ¡era un quinto!

Además, Gretta tampoco entendía el motivo por el que Olivia repetía esa frase como si fuera suya, ¿tanto le había gustado? Cada vez estaba más y más desconcertada con aquella chica.

Las dudas sobre quién le había quitado el diario invadían a Gretta. En un lado de la balanza estaba Olivia, que parecía saberse las frases como si se las hubiera estudiado a fondo, y en el otro lado estaba Sophie, que tenía fácil acceso a su habitación.

No pasó mucho tiempo cuando algo inclinó la balanza hacia uno de los lados.

Sucedió después de la comida, cuando ya las francesas habían llegado al colegio.

Olivia estaba en el patio, junto con Jolie y un grupo de francesas, cerca de la zona de las fuentes. De vez en

cuando, estiraba la mano y cogía un poco de agua para refrescarse. Las otras francesas la imitaban mientras esperaban a sus compañeras.

Olivia hablaba y hablaba, era el centro de atención.

Gretta intentó acercarse, disimuladamente.

—Sophie, espérame dos minutos. —Gretta le endosó la mochila—. Iré a beber agua, tengo una sed tremenda.

—Vale, te espero bajo la sombra de este árbol —le dijo —. Pero date prisa, ¡tenemos que aprovechar muy bien el tiempo!

Con disimulo, Gretta llegó a una fuente y se agachó para no ser reconocida. Mientras hacía como que bebía agua, pudo oír lo que Olivia estaba contando y ¡casi le da algo!

—Imaginaos, ¡la lavadora daba vueltas y vueltas! Y a cada vuelta, las puertas del coche, que estaba aparcado en el jardín, se abrían y cerraban. ¡Ja, ja, ja! —Olivia miraba al resto de las chicas, segura de que romperían a reír.

—Ja, ja, ja, ¡¡divertidísimo!! —De la risa, Jolie se doblaba por la mitad.

—Ja, ja, ja, ¡parece cosa de magia! Pero ¿qué era lo que pasaba? —decía otra secándose las lágrimas de la risa que le daba imaginar la escena.

—¡Mi madre había echado a lavar un pantalón y se había dejado dentro las llaves de su coche! —explicó Olivia, feliz de sentirse el centro de atención.

Gretta tuvo que hacer un gran esfuerzo por no levantar la cabeza y decirle cuatro cosas a Olivia. Que hubiera inventado una frase como la suya era algo muy raro, pero entraba dentro de lo posible. Quién sabe si dar con una combinación exacta de palabras era algo más que probable.

Pero que Olivia, además, hubiera vivido una anécdota igual que la suya… eso ya sí era extraño. Y no solo eso, la madre de Olivia no podía haber echado a lavar las llaves de su coche porque ¡no tenía coche!

Gretta tuvo claro que Olivia había leído su diario. Pero no una frase al azar: se había metido de lleno en sus páginas. Se lo había robado.

No entendía cómo había logrado entrar en casa de la francesa. Quizá nunca lo descubría, pero sentía cierto alivio al saber que Sophie no había tenido nada que ver con todo aquello.

Ahora, la misión de recuperar su diario no le parecía nada fácil. Tendría que encontrar el momento oportuno y, a ser posible, conseguir una confesión voluntaria.

Capítulo 20

Nueva oportunidad

Ya en el museo, Gretta miraba a Sophie arrepentida de haber pensado mal de ella. Pero, por otro lado, estaba contenta, pues ahora que ya tenía claro que no le había quitado el diario, no había nada que enturbiara su amistad.

—¡Hola, chicas! —La encargada de supervisar su voluntariado las miró por encima de la pantalla del ordenador—. Ya me perdonaréis que ayer os tuve aquí toda la tarde, pero me surgió un imprevisto.

—Oh, bueno, fue una tarde muy movida, pero no se preocupe. —Sophie quiso quitarle importancia.

—Hicimos todo como nos indicó. —Gretta asentía—. Apuntar en el registro los visitantes, indicarles dónde adquirir la audioguía, darles los folletos…

La mujer de la eterna sonrisa comenzó a sentirse culpable por haberles endosado todo ese trabajo. La sonrisa se le fue borrando poco a poco, eclipsando el brillante sol en su diente.

—Bueno… —se rascó la frente, un poco apurada—, estoy pensando que para compensaros por el trabajo de ayer, hoy podéis tomaros la tarde libre.

—¿En serio? —Gretta pensó que estaban de suerte. Justo era tiempo libre lo que estaban necesitando.

—¡Oh, muchas gracias! Nos vendrá genial porque

tenemos que hacer unos recados —explicó Sophie.

—¿Nos podemos ir ahora mismo? —preguntó Gretta impaciente.

—Claro, cuando queráis. —Les guiñó el ojo sintiéndose menos culpable—. Pero mañana aquí, ¿eh? Que no sirva de precedente.

Las dos chicas pusieron rumbo a la residencia de ancianos. Tenían quince minutos de camino, pero iban relajadas porque ahora tenían tiempo de sobra. Incluso pararon en un puesto de helados.

—Para mí uno de dos bolas, una de fresa y otra de coco —pidió Sophie.

—Yo querré uno… —Gretta miró la vitrina, esperando encontrar sabores tan deliciosos como los de «Helados Nadia», pero al final desistió, los helados de la madre de María eran inigualables—. Uno de naranja y menta.

Mientras se lo comían, Gretta propuso pasar por la tienda de María. Tenían tiempo de sobra y su amiga le había comentado que había cosas muy bonitas.

—¡Hola, Gretta! ¡Hola, Sophie! —María las saludó desde detrás del mostrador—. ¡Qué bien que hayáis podido venir! Echad un vistazo, la tienda está repleta de cosas de lo más interesantes.

—¡¡Hala, es enorme!! —Gretta asomó la cabeza.

Sophie y Gretta prefirieron terminar su helado para no manchar nada y, solo entonces, miraron toda la tienda pasillo por pasillo. Había tantas cosas que todo les llamaba la atención.

—Mira esto —Sophie señaló una brújula antigua—. Ahora que vamos a descifrar un misterio, seguro que mi madre me pedirá que la acompañe en sus investigaciones. Y necesitaré una brújula para orientarme bien, ¿no crees? La compraré.

—Claro, vayamos a pagarla —dijo Gretta, pero enseguida se volvió hacia su amiga—. ¡Espera, Sophie!

—¿Sucede algo? —Se giró la francesa.

—Mira, hay libros de segunda mano. —Gretta se paró frente a una estantería—. Me gustaría encontrar una novela interesante en francés.

—Te ayudaré a elegir una —Sophie cogió varios volúmenes, pero de pronto los soltó todos y se quedó con un libro en la mano, chillando—: ¡¡Gretta!!

—¡¡¿Qué?!! —respondió Gretta, asustada.

—¡¡Mira este libro!! —Sophie le plantó delante de sus ojos un pequeño libro—. ¡¡Este dibujo!!

—Desde tan cerca no puedo leer ni el título. —Gretta lo apartó con la mano.

La chica no podía creerse lo que acaban de encontrar. El pequeño libro tenía el mismo dibujo del sol y la luna que la pieza objeto de su investigación.

—Aquí hay un nombre escrito. —Sophie abrió la primera página y leyó—: Agnes Dunarc.

—¿Será la dueña del libro? —dudó Gretta.

—Es muy probable. Creo que deberíamos intentar encontrarla. Ella tiene que saber algo del sol y la luna… ¡están en su libro! —argumentó Sophie—. Tal vez poniendo su nombre en el buscador de internet tengamos alguna pista. Esta noche seguiremos este hilo de la investigación.

—Sí, ahora paguemos las cosas y vayamos a ver a Celia. —Gretta sacó su monedero y dejó caer sobre su mano unas pocas monedas—. Espero que no sea muy caro, porque solo llevo calderilla.

—Yo tengo un billete de cinco. —Sophie lo puso también sobre la mano de Gretta.

—María —Gretta se acercó al mostrador donde estaba su amiga—, queremos comprar este libro y una brújula también.

—Vale, pues a ver. —María consultó el precio—. Son dos euros el libro y tres euros la brújula.

—¡Hala, qué barato! —dijo Gretta.

—¿Queréis una bolsa? Son diez céntimos —dijo María lo mismo que les decía a todos los clientes.

—No, lo llevaré todo en mi mochila. —Gretta se descolgó un asa y guardó las cosas.

Las chicas pusieron rumbo a la residencia. En cuanto llegaron, Celia las saludó con gran alegría.

—Habéis llegado en buen momento —les hizo un gesto para que pasaran al jardín—, es la hora de las visitas.

—Celia, ¿quién es la persona más mayor de la residencia? —preguntó Gretta mirando alrededor.

—Eso —añadió Sophie—, porque necesitamos hablar con alguien muy muy anciano —puntualizó.

—Yo la edad no la sé, pero podéis indagar. —Celia las acompañó hasta un grupo de ancianos.

Las chicas empezaron a entrevistar a los ancianos con mucho entusiasmo, pero después de haber hablado con más de veinte, se dieron por vencidas.

—Creo que no ha sido buena idea esto de buscar un testigo… —acabó por aceptar Sophie mientras se sentaba en un banco.

—Bueno, no nos demos por vencidas. Como dice el refrán: cuando una puerta se cierra, otra se abre. Aún tenemos esta vía de investigación. —Gretta sacó el libro de su mochila—. Nos queda Agnes…

El cri-cri de un andador a sus espaldas les hizo darse la vuelta. Una mujer menuda, con el pelo tan blanco y esponjoso como las nubes, levantó una de sus arrugadas manos.

—Ese libro —dijo casi sin aliento mientras lo señalaba con su tembloroso y retorcido dedo índice—, ese libro.

Gretta se levantó enseguida y la sujetó por el brazo mientras le mostraba el ejemplar.

—¿Quién es usted? —preguntó Sophie, que también se

acercó.

—Si no os importa, me sentaré aquí un rato con vosotras. —Despacio, la anciana se apoyó en su andador y se sentó en el banco.

Capítulo 21

El secreto de la alquimia

Sophie y Gretta se sentaron una a cada lado de la anciana. El sol de la tarde atravesaba su pelo como si se adentrara en un cielo de algodón.

—Ya no tengo edad para las prisas… —se quejó la anciana mientras trataba de recobrar el aliento.

Luego sonrió y se quedó mirando el libro.

—¿Me dejáis verlo? —La mujer se puso las gafas, que llevaba colgadas de una cuerda.

—Claro, mírelo con calma. —Gretta lo dejó en el regazo de la anciana. Sobre su falda marrón, los dibujos del sol y la luna aún parecían más llamativos.

—Esta soy yo. —Abrió el libro y señaló el nombre escrito en la primera página—. ¿Dónde lo habéis encontrado?

La anciana sonreía, y todas las arrugas se le agolpaban alrededor de los ojos.

—Perdone, ¿quiere decir que usted es Agnes Dunarc? —Sophie pensaba que era un desvarío de la edad.

—La misma. —La mujer asintió y cerró despacio sus pequeños ojos que parecían cansados, pero también llenos de paz.

—Lo hemos comprado en una tienda de segunda mano —se apresuró a contestar Gretta—. Nos pareció tan bonito que no nos pudimos resistir. —Ocultó el verdadero motivo.

—Pero ahora es para usted —acabó diciendo Sophie, que pensaba que el libro debía estar con su verdadera dueña.

—Oh, pues os lo agradezco —la anciana paseó su arrugada mano por la portada y añadió—: Me lo regaló una amiga hace mucho, mucho tiempo. —Apretó hacia sí el libro, casi como si estuviera abrazando a su amiga—. Pero un día ella desapareció, y luego el libro se perdió…

Las palabras de la anciana sonaban como notas de una dulce flauta, cuya melodía era capaz de transportarte a un tiempo lejano.

—Todo desaparece alguna vez —habló de nuevo, y miró a Gretta—. Pero lo que es de una, siempre acaba apareciendo. Solo hace falta tiempo.

—Eso espero —dijo Gretta pensando en su diario.

—Yo ya soy muy mayor. —La anciana extendió los dedos de su mano y comenzó a contar. Sin embargo, cada dos por tres perdía la cuenta y, al final, se dio por vencida—. ¡Bah! Tengo tantos años que no los puedo ni contar. Más de cien, seguro.

Sophie abrió los ojos de par en par. Si esa mujer tenía más de cien años, tal vez aún estaban a tiempo de encontrar a un testigo del incendio.

—¿Y usted siempre ha vivido en esta ciudad? —quiso averiguar Sophie antes de hacerle otras preguntas.

—Sí, aquí. —La mujer aspiró aire y se hinchó como un pajarillo—. Aunque después del gran incendio hubo mucha gente que se fue, mi familia no se movió de Rennes.

—Cuéntenos lo del incendio, por favor. —Gretta se le acercó un poco más, no quería perder detalle.

—Fue en 1936. Yo tenía 16 años y trabajaba en un telar. —Asentía al recordar los viejos tiempos—. Mi amiga, la del libro, vivía al otro lado de la calle. Ella era algo mayor que yo y… —Hizo una pausa como dudando si debía continuar.

—Y… —Sophie hizo un gesto con la mano, invitándola a seguir hablando.

—Bah, imagino que ya no hay motivo para guardar el secreto —Agnes se lanzó a hablar—. Ella trabajaba en el laboratorio que se incendió. Quería descubrir cosas, cosas importantes.

—¿El laboratorio que se incendió? —Sophie pensó que la mujer se había equivocado—. Pero en los periódicos ponía que era una carpintería. De hecho, se dice que el fuego empezó por un descuido que provocó que la madera ardiera sin piedad.

—¡Bobadas! Lo que pasa es que era un laboratorio secreto; todo el mundo pensaba que aquello era una carpintería —les confesó la anciana—. Y también se creían que mi amiga era un carpintero. Pero nada más lejos de la realidad.

—¿Ah, no? —Gretta frunció el ceño—, ¿entonces a qué se dedicaba su amiga?

—Mi amiga era alquimista. —Asintió con la cabeza varias veces—. La única y última mujer dedicada a los secretos de esa rara ciencia. —Señaló varias veces el libro, lleno de extraños dibujos—. Y este libro que me regaló está lleno de símbolos de la alquimia.

—¿Alquimista? —interrogó Sophie—. ¿Qué es eso?

—Los alquimistas buscaban la fórmula para convertir cualquier metal en oro —les aclaró—. Un trozo de hierro, estaño, cobre… en oro, ¡imaginaos qué poder!

—¡Hala! Es casi como hacer magia —dijo Sophie.

—Y por eso el incendio. Estoy segura de que lo provocaron —dijo la anciana casi en un susurro.

—¿Alguien lo incendió? —repitió Sophie, y miró nerviosa a Gretta, pues estaba a punto de confirmar sus sospechas —. ¿¡Quién!?

—Entre los alquimistas, era sabido que un grupo de falsos eruditos les espiaban y perseguían por toda Francia —continuó hablando la anciana—. Su objetivo era robar el secreto de la alquimia. La fórmula para convertir en oro

cualquier metal.

—¡En oro! —no pudo evitar exclamar Gretta al pensar en la pieza del sol y la luna.

—Sí, eso he dicho. El sueño de mi amiga era descubrir ese proceso secreto y, bueno, a veces no todo sale como una quiere. —Una lágrima de nostalgia asomó a sus pequeños ojos—. Estuvo cerca de conseguirlo, pero ese incendio… la apartó de su sueño.

—Un momento, ¡¡tal vez su amiga sí lo consiguió!! —Gretta sacó su móvil y le mostró la fotografía con la pieza del sol y la luna.

—Oh, yo diría que esa pieza es la que hicimos con estaño, las dos juntas, ¡qué bien lo pasamos moldeando el metal! —dijo la anciana en cuanto vio la fotografía—. Ese día me prometió que la convertiría en oro mediante la alquimia. —Se pasó un pañuelo por los ojos—. Pobre, no sabía cuál era su verdadero destino.

—Agnes, esta pieza no es de estaño. —Gretta la amplió todo lo que pudo—. ¡¡Es de oro!! Además, estaba enterrada en la carpintería —Gretta hizo una pausa y rectificó—: Quiero decir, en el laboratorio.

—No es la misma. Esta solo tiene un sol y una luna —dijo Agnes—. Y nosotras tallamos una luna dentro del sol y un sol dentro de la luna —les contó.

—¡¡Pues entonces, es esta!! —exclamó Gretta acercándole más el móvil—. ¡Mírela bien!

—Ohhh, es verdad —dijo la mujer, nerviosa—. Entonces, entonces… ¡lo consiguió! —Se levantó y comenzó a bailar—. ¡Convirtió el estaño en oro!

—¡Es increíble! —Sophie tuvo que contener su alegría, no quería llamar la atención.

—Agnes, una cosa. —Gretta tenía una pregunta más—. ¿Por qué tallasteis una luna dentro del sol y un sol dentro de una luna? ¿Tiene algún significado?

—En la alquimia, la luna representa la debilidad y el sol

representa la fuerza. —La anciana señaló los dibujos del libro—. Mi amiga decía que todo tiene dentro su opuesto.

—Umm… no lo entiendo. —Gretta ladeó la cabeza.

—Ella creía que no hay nada tan fuerte que no tenga su debilidad, ni nada tan débil que no tenga su fortaleza —dijo la anciana—. El sol tiene una luna y la luna tiene un sol.

—¡Qué bonito! —exclamó Sophie.

—Escuchad —la mujer bajó aún más la voz y les dijo—: Cuando os sintáis débiles, habéis de saber que también tenéis fuerza. Pero cuando os sintáis fuertes, también debéis recordad vuestra debilidad…

Gretta pensó que esas palabras guardaban una gran verdad y decidió que, en cuanto recuperara su diario, escribiría la frase de la última alquimista.

Capítulo 22

Vuela alto

El primer fin de semana de intercambio se presentaba muy divertido. El sábado por la mañana, todo el grupo haría un pícnic en unos de los sitios más pintorescos de Rennes: las Montañas Perdidas.

Celia estaba muy contenta porque cerca del área para el pícnic estaba la zona desde donde despegaban los globos aerostáticos. Y era ese mismo día cuando la madre de Anne Marie había reservado un viaje entre las nubes.

Después de extender los manteles en el suelo, repartir platos y vasos desechables y colocar lo que cada uno había llevado para compartir, el grupo comió y charló animadamente. La primera semana en Rennes había sido muy intensa, y la gente se quitaba la palabra de la boca para contar sus aventuras y anécdotas.

Sin embargo, Gretta permanecía callada. No tenía intención de contar lo que le había pasado a ella, eso que todavía no estaba resuelto y le preocupaba tanto.

La chica buscó con la mirada a Olivia. Estaba sentada en el suelo, junto a Jolie y un grupo de francesas. Gretta pensó que, tal vez, después del pícnic podría encontrar un momento para hablar con ella a solas.

La ocasión se presentó a las cinco de la tarde. La madre de Anne Marie apareció para anunciar que era la hora del esperado viaje en globo. Un paseo por las nubes para ocho

personas que disfrutarían de unas increíbles vistas de la ciudad.

—Chicas, os está esperando un precioso globo victoriano. —La madre de Anne Marie señaló un globo antiguo.

María, Celia, Paula, Blanca y Gretta miraron, todas a la vez, en esa dirección. El globo era de colores y llevaba una cesta forrada de junco de la que colgaban sacos.

—¡Por fin! —Celia juntó las manos, ilusionada—. ¡Todas a bordo! —dio un grito para avisar a sus amigas y también a sus compañeras de correspondencia.

Las diez chicas se reunieron en torno a la madre de Anne Marie y esperaron las instrucciones para ese viaje tan diferente.

—Vaya, lo siento, no sabía que erais tantas… —La madre las contó—. El viaje es solo para ocho. —Puso cara de apuro.

—Entonces… no vamos a poder subir todas. —Celia miró hacia el suelo.

Un pequeño revuelo se armó entre las amigas de la casa del árbol y sus compañeras de correspondencia: dos de ellas se tenían que quedar en tierra.

—Podemos echar a suertes quién monta en el globo —propuso Blanca queriendo ser justa.

A Celia no le gustaba nada la idea de que alguien se quedara sin ir en globo. En un gesto un poco brusco, se cruzó de brazos y torció la boca, disgustada.

—No os preocupéis, yo me quedaré en tierra —se ofreció Gretta, pensando que aprovecharía ese rato para hablar con Olivia.

—Yo también me quedaré aquí abajo —dijo enseguida Sophie—. Os confieso que tengo un poco de vértigo, la verdad.

La madre de Anne Marie se pasó la mano por la frente y

resopló aliviada, como si se hubiera quitado un incómodo problema de encima.

—Qué pena que no vengas, Gretta. —María le cogió la mano—. ¿Quieres ir tú en mi lugar?

—Si quieres, me quedo yo —se ofreció Paula.

Aunque Celia tenía mucha ilusión por ir en globo, también le ofreció el puesto y Blanca hizo lo mismo.

—Muchas gracias, sois unas amigas maravillosas, pero me quedo en tierra. —Gretta lo tenía claro—. Solo os pido que hagáis fotos con el móvil desde arriba. —Señaló el cielo.

—Descuida, eso haremos —respondieron todas a la vez.

—¡Chicas, daos prisa! —Anne Marie dio un grito—. ¡Tenemos que subir ya a la cesta!

Aquello era todo un espectáculo. El resto del grupo de estudiantes dejaron lo que estaban haciendo y se reunieron alrededor del globo. Era muy emocionante ver cómo el enorme artilugio ascendía poco a poco en su viaje entre las nubes. Nadie quería perdérselo. Nadie, excepto Olivia. Aquello de mirar cómo subía una cesta con gente lo encontraba de lo más aburrido.

Gretta se puso a su lado, y Olivia hizo un gesto de extrañeza al verla allí.

—Pensé que estabas arriba con tus amigas —comentó Olivia justificando su sorpresa.

—Verás, el motivo por el que no estoy ahí arriba es porque quería hablar contigo —confesó Gretta.

—¿Conmigo? —Olivia se extrañó.

—Sí, contigo. —Gretta la miró a los ojos fijamente—. Es por el diario. Sé que lo tienes tú.

—¿Qué te hace pensar eso? —Antes de poder negarlo, Olivia se sorprendió formulando esa pregunta.

—Llevas días repitiendo mis frases y mis anécdotas. —Gretta miró ahora al horizonte.

—¿Tus frases? —Olivia se puso a la defensiva—. ¿Crees que eres dueña de las frases?, ¿que solo a ti te pasan cosas? ¡Ja!

—En eso tal vez tengas razón: las palabras y las frases son libres. —Gretta trató de que Olivia se relajara un poco.

—¿Ves? No tienes razón. —Olivia se ahuecó el pelo y se dio la vuelta para marcharse, la conversación la incomodaba.

—Espera, por favor. —Gretta le cortó el paso—. No solo lo he dicho por las frases, aún hay algo más.

—A ver, qué más… —Olivia puso los brazos en jarras.

—El otro día, cuando sacaste el estuche de tu bandolera… se te cayó un pétalo seco de rosa. De las mismas rosas que yo coloqué dentro del diario —le contó Gretta.

Olivia apretó los labios y miró hacia los lados, cada vez se sentía más acorralada.

—Mira, no me voy a enfadar contigo; solo trato de recuperar mi diario, nada más —aseguró Gretta.

—Está bien, sí, lo cogí —reconoció, al fin, y la voz le tembló al decir—: ¿Se lo vas a decir… se lo vas a contar… a Jolie… y a su grupo de amigas francesas?

—No, tranquila —contestó Gretta.

Olivia respiró profundamente y se sintió aliviada. Hubiera sido un ridículo muy grande para ella que todas esas chicas, que ahora parecían admirarla, supieran que era una farsante.

—Pero dime, ¿por qué lo hiciste? —Gretta no entendía el comportamiento de Olivia—. ¿Por qué cuentas mis anécdotas como si te hubieran pasado a ti?

—Todo el mundo te presta atención cuando cuentas tus cosas. —Olivia miró hacia abajo y murmuró—: Quería ser un poco como tú.

—Pero, pero… tú solo puedes ser tú —Gretta quiso

sacarla de su equivocación—. ¿No te das cuenta? Es maravilloso ser una misma y, de esta manera, poder ser auténtica con los demás.

La tristeza comenzó a asomar a los ojos de Olivia, y ese sentimiento dio paso a la sinceridad. La chica sintió que podía hablar con Gretta, le inspiraba confianza.

—Es que me da miedo ser yo misma y que me rechacen… —susurró, y levantó la vista del suelo para mirar a Gretta—. Tú, sin embargo, le caes bien a todo el mundo.

—¿De verdad crees eso? Pero ¿has intentado ser tú misma? —Gretta la cogió por el hombro—. Ven, vayamos ahí. —Señaló un lugar desde donde aún podían ver el globo subir por los aires.

En ese momento el globo comenzaba a ascender. Cada poco rato, alguien tiraba uno de los sacos que llevaba colgando la cesta.

—¿Has visto? —Gretta señaló uno de los sacos que caía a tierra—. El globo es capaz de volar alto porque suelta los sacos de arena. Solo cuando suelta los pesos que le impiden volar, sube y sube.

—Sí, es verdad. —Olivia se secó una lágrima.

—Lo mismo nos pasa a las personas: que solo podemos volar alto cuando soltamos nuestros miedos —aseguró Gretta—. Los miedos pesan y nos paralizan, no nos dejan avanzar. No tengas miedo a ser tú misma.

Una lágrima rodó por la mejilla de Olivia liberando su alma del miedo a la soledad, del miedo al rechazo.

Gretta le ofreció un pañuelo. Nunca pensó que la vería llorar por algo, a ella, que iba de dura. Entonces recordó la frase de la última alquimista. Al igual que no había nada tan débil que no tuviera su fuerza, no había persona tan dura que no necesitara a los demás para expresar sus sentimientos.

—Olivia, estoy segura de que, bajo esa fachada, hay una persona estupenda. No te hacen falta disfraces, ni mentiras

—le dijo Gretta—. Solo siendo tú misma podrás gustar a los demás.

—Gracias, Gretta, nunca me lo había dicho nadie. —Olivia empezaba a comprender que el éxito de Gretta no se debía a sus frases bonitas, ni a sus anécdotas.

Gretta era auténtica, siempre era ella misma. Sin artilugios, sin máscaras que ocultaran su esencia. Olivia también entendió que si tienes que fingir ser otra para que te acepten… entonces, no merece la pena.

—A veces hasta yo misma me canso de ser superficial. —Olivia sintió que podía mostrar sus sentimientos—. ¿Me perdonas?

—Claro que sí. —Gretta sonrió—. Pero ¿me devolverás el diario?

—Por supuesto. Aunque, estoy pensando que… —Olivia se atrevió a bromear— igual podrías dejar que lo termine de leer, ¡está de lo más interesante!

Las dos chicas se echaron a reír.

Gretta vio pasar el globo de colores, que cada vez estaba más y más alto. La chica imaginó que sus amigas eran capaces de tocar las nubes con la punta de sus dedos y sonrió al imaginarlas allá arriba.

En ese momento sintió que su móvil vibraba en el bolsillo de su pantalón y se apresuró a mirar el mensaje.

Era una foto de sus amigas, con las nubes de fondo, y acompañada de una frase:

«*Gracias por dejarnos volar alto ;-*)»

W. AMA es una escritora que desarrolla su actividad literaria dentro de la ficción infantil y juvenil.

En una entrevista comentaba:

Ahora os hablaré de mí, pero solo un poco. Porque creo que los autores debemos permanecer en un segundo plano: las historias son las que cuentan.

Siempre digo que soy una escritora en un árbol. ¿Por qué? Pues porque las buenas ideas no crecen en el suelo, hay que mirar arriba, bien alto, como las chicas protagonistas de estos libros, que se reúnen en su casa del árbol.

Lo que me impulsó a escribir este tipo de novelas fue mi hija. Y os aseguro que para mí fue todo un reto ¡y ahora mismo sigue siendo una gran responsabilidad! Un día, mientras escribía lo que iba a ser una novela para adultos, me dijo que a ella le gustaría que le escribiera libros. ¿Puede acaso una madre escritora decir que no?